

SERVICIO SECRETO

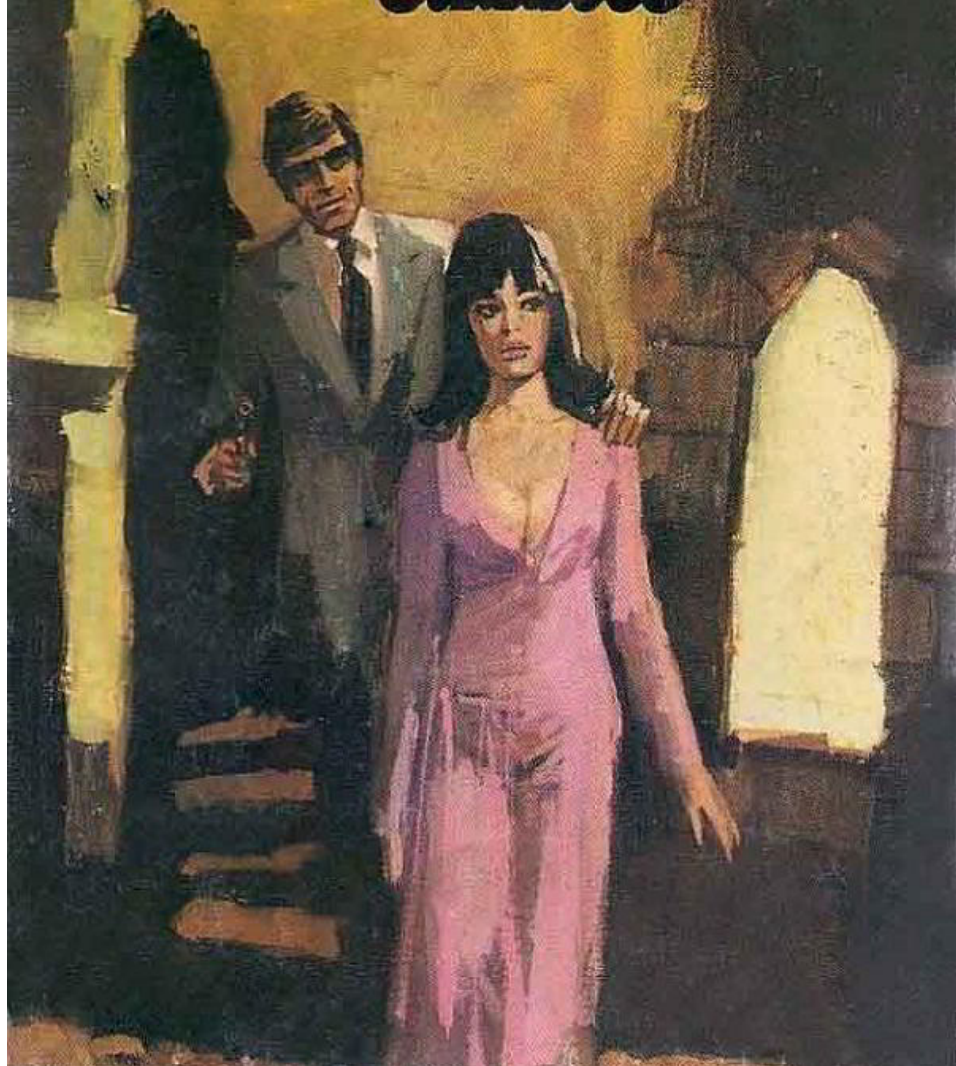
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**OSCAR
AL PEOR
ACTOR**

**Frank
Caudett**



Se lo dije a Stuart Olson.

—Necesito quince días libres, tío.

El inspector-jefe de la delegación en Nueva York del Federal Bureau of Investigation, tras mirarme con fijeza, con fijeza y de muy mala manera, exclamó:

—¡Joder, tú!

Y exclamó eso porque Stuart Olson es un grosero y un mal hablado integral. Y fue el responsable directo de que yo, siempre moderado en mis expresiones, montando en cólera y cabreo, dijera a mi vez:

—¡Joder! ¿Qué...?



Frank Caudett

Oscar al peor actor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1724

ePub r1.0

Lds 03.02.19

Título original: *Oscar al peor actor*

Frank Caudett, 1983

Cubierta: Desiló

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Se lo dije a Stuart Olson.

—Necesito quince días libres, tío.

El inspector-jefe de la delegación en Nueva York del Federal Bureau of Investigation, tras mirarme con fijeza, con fijeza y de muy mala manera, exclamó:

—¡Joder, tú!

Y exclamó eso porque Stuart Olson es un grosero y un mal hablado integral. Y fue el responsable directo de que yo, siempre moderado en mis expresiones, montando en cólera y cabreo, dijera a mi vez:

—¡Joder! ¿Qué...?

Stuart se encogió de hombros. Fue algo así como si dijese que me dejaba por imposible. Mi cabreo, entonces, alcanzó cotas insospechadas. Callé no obstante y fue él quien habló:

—Hace cuatro días te pasaste dos meses perdido por ahí. Uno que te correspondía y otro que tú te sacaste de la manga. ¿Qué clase de federal eres tú y qué concepto tienes del FBI?

Se me entendió todo al responder:

—Prefiero no opinar, ¿vale?

—¿Otra tía, Derek?

—¿Y a ti qué coño te importa? —Y reconozco que me puse a su altura en lo de grosero.

Stuart sintió herido su amor propio.

—No creo merecer esto, Derek.

—Perdona... Se trata de mi hermana. No es lo que tú imaginas.

—¿Nancy? —Se iluminaron los ojillos lúbricos de mi inmediato superior.

—Si...

—Nancy está muy buena —se arriesgó.

—No te pases, gorrino. La cosa no está para bromas.

Stuart no es tonto y leyó preocupación en mi rostro. Y ello le condujo a preguntar:

—¿Pasa algo malo?

—Quiero pensar que no.

Stuart, intrigado de veras, preguntó:

—Por qué no me lo explicas, ¿eh?

—Nancy se largó hace tiempo...

—¿Dónde?

—A Hollywood según me dijo. Se ve que tuvo una insolación en la playa y le dio por ser artista. Luego, como andaba tonteando con un punk de esos de pelos amarillos con cresta antediluviana, un comecocos ácrata que le llenó la cabeza de ideas raras, de derechos, de libertades, de autodeterminaciones... ¡qué sé yo! Total, se abrió. Días después me lo dijo desde Los Ángeles, por teléfono. No me cagué en su madre porque es la mía, pero ganas no me faltaron. Aseguró que me tendría al corriente de sus progresos en el mundo del celuloide. Pero desde aquel día, ni «j».

—¿No ha vuelto a llamarte?

—Nones.

—¿Y...? —Olson estaba de veras intrigado. Y preocupado también, que todo hay que decirlo.

—Me puse en contacto con un pesquisa de allí. Un tal Jack Hudson.

—¿Y...? —siguió interesándose.

—Nada. El tío me mandó un informe exhaustivo y una minuta que me costó un cojón.

—¿Exhaustivo, dices?

—Digo porque es verdad. Pero el informe no decía nada. Me contaba con pelos y señales las pistas seguidas, las personas interrogadas previa exhibición de la foto que le envié... Nadie había oído hablar jamás de Nancy Brown. Y aunque se hubiera cambiado el nombre, nadie reconocía tampoco a la chica del retrato. Según el tal Hudson, Nancy me tomó el pelo. Jamás fue a Los Ángeles.

—¿Piensas ir tú?

—Por eso quiero los quince días.

—O. K. —afirmó contundente. Añadiendo—: Jerry Carter sigue

siendo el inspector-jefe de la local de Los Ángeles. Por si le necesitas...

—¿Y Geoffrey Stubbs? —pregunté.

—Sigue estando allí también y sigue siendo el chivato mejor retribuido de la Unión a todos los niveles. También puede serte útil, sí...

—Es amigo mío.

—¡Ah! ¿Cuándo te largas?

—Dentro de hora y media tengo un vuelo de la TWA a Los Ángeles.

—Suerte, Derek.

—Gracias. Que falta me hará.

Salí del despacho de mi jefe con la proa puesta hacia el John Fitzgerald Kennedy International Airport.

Poco rato después estaba volando hacia la meca del séptimo arte.

CAPÍTULO II

Era un monumento, sí.

Un monumento de mujer, desde luego.

Se lo dije:

—Estás la tira de hermosa.

—Soy hermosa de *él*.

Me pinchaba la prenda.

—¿Quién es *él*?

—Mi marido...

—¡Ah! —exclamé—. ¿Tienes marido y todo? ¿Y cómo permite tu marido que trabajes para un pesquisa como Hudson?

La morena, que tenía unos pechos de coña y los mantenía de un tieso subido sin sostén, descotada, provocativa, buena que estaba, hizo algo que me elevó la tensión.

—Jack Hudson es mi marido.

—¡Los hay con suerte! —Y me quedé helado por la sorpresa.

—¿Tú quién eres? —preguntó ella.

—Derek Brown —y la miraba fijamente. Miraba aquellos luminosos y contradictorios ojazos azules cuyas pestañas casi abanicaban mi rostro.

¡Jo, qué preciosa!

—De Nueva York, ¿no?

—De Nueva York. ¿Cómo te llaman, prenda?

—Me llaman Gail.

—Me acostaría ahora mismo contigo, Gail.

Se removió, nerviosa.

—Por favor...

—Sin favor. Lo haría sin pensar que podía hacerte un favor.

—Jack está en su despacho. Te ruego...

Solté un resoplido de indignación.

—De acuerdo. ¿Me llevas a presencia de tu marido?

—Te llevo...

Y pasó delante mío por el pasillo. Mis ojos se colgaron de cada uno de los giros de sus deliciosos glúteos. Todo lo tenía bien hecho la puñetera porque aquel culito era una verdadera escultura. ¡La suerte que tenía también el cabrito del detective!

Procuré pensar en Nancy.

Había ido allí por ella y no para embobarme ante el primer trasero bien hecho que me colocaran delante de las narices.

Sentí tentación de darle un sobo.

Lo hice y Gail suspiró.

—Por favor, Derek. Nos la estamos jugando...

La cogí por la cintura, la hice girar y metí mi boca dentro de la suya. Gail se apretó como una loca haciéndome sentir el fuego de sus pechos libertinos mientras sus manos cosquilleaban en mi nuca poniéndome nervioso. Muy nervioso. Peligrosamente nervioso.

Gail, jadeando, deshizo el abrazo.

—Ya está bien.

—Por mi parte apenas si había empezado, nena.

Rió argentinamente mostrándome dos hileras de menudos y nacarinos dientes.

Abrió la puerta frente a la que estábamos detenidos y anunció:

—Jack... El señor Brown, de Nueva York.

—Pase, pase —dijeron desde adentro.

Pasé.

Jack Hudson tenía una cara de gilipollas que echaba de espaldas. De esos que acaban siendo cabrones porque nacen predestinados. Una tía como Gail no encajaba en la exteriorización física del pesquía.

Aunque era joven estaba mal hecho por los cuatro puntos cardinales.

—Hola —saludé.

—Siéntese, Brown —me señalaba la silla que estaba al otro lado de su mesa.

Lo hice y preguntó:

—¿Recibió mi informe?

—Por eso estoy aquí, Hudson. Su... ¿informe le llama?, me puso

en ascuas. Nancy no miente. Nancy vino a Los Ángeles. Usted dice que no. Eso me ha mosqueado, detective.

—Hice lo que pude, Brown —le había sentado mal mi opinión sobre su informe como él lo llamaba. Añadiendo—: Una chica que viene a triunfar no pasa desapercibida aquí aunque vengan muchas. Nancy Brown nunca ha estado en Los Ángeles.

Lo miré. Mal. Lo miré mal.

—¿No te parece una aseveración precipitada? —inquirí, iniciando el tuteo.

Se pasó un dedo por el bigote. Porque Hudson encima de los morros lucía un ridículo bigotito.

—Mira... y no te enfades por favor. Es la clase de chica que se larga con el primero que se lo propone, ¿verdad?

—Te voy a chafar los hocicos, Jack Hudson —dije como el que no quiere, pero lo dije con mirada hosca y los nervios a flor de piel. Agregando—: Busco a mi hermana, no a una puta de barrio chino. ¿Queda claro?

Tragó saliva.

—Perdona... No te enfades, Derek. Es una pregunta que te habría hecho cualquier detective. He movido todos mis resortes intentando localizarla, ¡palabra! Y ni rastro.

—Pero eso no significa que Nancy sea un pendón, que se largue con el primer chalado que se lo insinúe... y no significa tampoco que no haya venido aquí, que no esté en Los Ángeles.

—Puedes acudir a otro investigador.

—No, compañero. He venido personalmente a investigar.

—Desconociendo las técnicas... —Avanzó, grandilocuente, en plan profesional.

Aquel estúpido ignoraba que yo procedía de la escuela federal.

—Tengo mis propias técnicas, ¿sabes?

—De todas formas te aconsejo que vayas con pies de plomo.

—Gracias por el consejo, compañero. ¿Me sugieres alguien al que ir con mis preguntas?

—No... Como no vuelvas a caminar por donde yo anduve en su día. Pero insisto en que pierdes el tiempo. De haber estado Nancy aquí, Roger Stack lo sabría, seguro.

Pegué un respingo estirando el cuello para interrogar:

—¿Quién es ese tío?

A Hudson le parecía pesar el haberlo nombrado.

—Un hombre poderoso...

—El mundo está lleno de hombres poderosos. Matiza.

Hizo otra vez aquel gesto al que, por lo visto, era tan aficionado: acariciarse el bigotito.

—Stack es... ¿cómo te diré? Es un importante promotor artístico. Un descubridor de talentos y bellezas. El más importante de Los Ángeles en realidad. Posee un par de clubs nocturnos de fama internacional que le sirven para proyectar al estrellato sus descubrimientos en materia artística. Todos quienes aparecen por aquí con deseos de triunfar en el cine no dejan de ponerse en contacto con Roger Stack. Pero tu hermana, por lo visto, debió ser la excepción que confirma la regla.

—Los Brown somos así de personales, ¿no lo sabías? ¿Dónde se ubica el tal Stack?

Hudson arqueó las cejas con espectacular asombro.

—¿Es que acaso supones que no digo la verdad?

—Vivo de algo más que de suposiciones —largué, lacónico—. ¿Dónde?

—Yo de ti no le molestaría...

—Se me empiezan a hinchar, Jack Hudson. ¿Dónde?

Echó saliva de gaznate abajo porque entendió amenaza en mi voz y la vio reflejada en mis ojos.

—Te daré las señas del club donde suele estar más frecuentemente. ¿Tomas nota?

—Tengo una memoria privilegiada. Larga...

—Bien. California Avenue 1003. Si necesitas algo más...

Me puse en pie sin tenderle la mano. Ironizando:

—No, no. Ya me has sido muy útil.

Dando media vuelta me largué del despacho.

Tras echar un vistazo a lo que era antedespacho y vestíbulo me cercioré de que aquella tía buenísima que se llamaba Gail y que era la esposa del estúpido detective, no andaba por las inmediaciones. Entonces, de inmediato, me agaché para atisbar por el ojo de la cerradura.

Poco ortodoxo pero muy práctico.

Vi a Hudson haciendo girar el dial del teléfono con manifiesto nerviosismo.

—Ponte de pie, moreno.

Era la voz de Gail.

Que me decía aquello al tiempo que acababa de empotrarme el cañón de un revólver en la nuca.

Añadiendo:

—No luces elegante en esa posición.

Obedecí porque era lo más sensato.

—¿Qué buscabas? —me preguntó con mucho cachondeo.

—Verás... estaba mirando si se me había caído ahí adentro un pañuelo de seda y encajes que me regaló mi abuelita cuando tenía doce años. Verosímil, ¿verdad?

—Poco original, querido. Y si en la cama tienes tan poca imaginación...

—¡Oh, no, no! —exclamé, fingiendo espanto—. No. En la cama mejoro muchísimo.

Me encañonaba con firmeza. Ahora no me preocupaba yo de su tremendo furor erótico. De la lubricidad que respiraba su cuerpo sensual de pechos guerreros y facciones provocativas.

Estaba pendiente y pensando cómo desbordarla.

—Te estás metiendo en líos, Derek Brown. Y te costará...

No terminó la frase.

Porque ella no se esperaba lo que sucedió entonces. Hice un amago de agresión, se echó atrás instintivamente, salté yo vertiginoso, como un obús, fintando sobre la marcha la posibilidad de un disparo y acabé metiéndole la cabeza en los senos. Fue un impacto doloroso que acompañé con un rodillazo en el diafragma.

Ya sé que no está bien tratar así a una tía buena. Pero cuando una tía buena andaba con un revólver de por medio podía ser tan peligrosa o más si cabe que un tío malo.

El canto de mi zurda golpeó su muñeca armada y el revólver saltó por los aires terminando encima de los mosaicos y resbalando por ellos.

Soltó un ahogado gemido mientras se retorció en tierra.

Pegué un nuevo brinco para hacerme con el arma.

—Arriba, muñeca. No luces elegante en esa posición.

—Eres un hijo de...

—Dilo y te coso los morros a patadas, ¿eh?

Se tragó el resto y apretó los labios con rabia mal contenida.

—De pie, Gail.

Se levantó, con dificultad, taladrándome con la ahora mirada rojiza de sus ojos azules.

—Te arrepentirás —masculló, frustrada.

—No lo creas. Abre la puerta del despacho —moví significativamente el cañón del arma.

Y como se hacía un poco la loca la empujé, violento, apoyando la zurda en su exquisito y cálido trasero, con tal fuerza, que traspuso la puerta dando un brusco giro sobre sí misma dentro ya de la estancia.

Hudson, que tenía la boca empotrada en el auricular hablando por lo bajines, miró hacia ella, perplejo, asombrado, y temeroso cuando se percató del arma que yo llevaba empuñada.

Colgó, bruscamente.

Sonreí.

Pero con esa clase de sonrisa que pone los pelos de punta.

—Tú, prenda —le dije a la chica—, ponte al lado de tu querido esposo y mantén las manos en la nuca.

Lo hizo, ¡qué remedio!

Hudson estaba pálido como un fiambre.

—¿Con quién estabas charlando, compañero? Observo que has colgado con mucha precipitación... ¿Acaso se trataba de algo relacionado con Nancy y un servidor?

Una vez más, engulló saliva.

—No... no... no era eso, de veras.

—¿Cuándo has dicho tú una verdad en tu vida, cabrito?

Su lividez iba en aumento.

—Se... se trataba de un informe. De un informe, sí. Confidencial...

—Confidencial. Muy confidencial eres tú. ¿Con quién hablabas? ¡Ponte de pie!

El tono ominoso de mi voz le empujó a obedecer con presteza.

—Te juro que... —tartajeó.

—¿Con quién, Jack Hudson? Se me están poniendo como globos, ¿entiendes?

—¿Qué pretendes, Derek? —Intentaba ganar tiempo.

—Sal de ahí detrás —le ordené.

Se apartó de la protección que le brindaba la mesa y yo avancé

un par de pasos.

—Quiero la verdad, detective. ¿Con quién estabas hablando tan en secreto?

—¡Te lo he dicho, Brown! Un informe confidencial...

—Sí, ¿eh? —Sonreí, amenazador, metiendo el revólver entre pantalón y camisa a la altura del talle.

Creo que interpretó lo del arma erróneamente porque hasta se le cayó por los labios algo similar a una sonrisa de esperanza.

Antes de que pudiera imaginarse lo que le venía encima ya le había soltado, impensadamente, como el que no quiere, un trallazo en mitad de la boca que lo proyectó como un pelele contra la pared del fondo.

Su amante esposa hizo ademán de intervenir en la refriega.

Con presteza le mostré de nuevo el revólver con el cañón por delante.

—Hazte la idea de que tienes malas cartas y no vas esta mano, ¿eh? Si te muestras agresiva te meto mano y no como tú quisieras, ¿me sigues? —Y mirando al del bigotito que se limpiaba el hilillo de sangre que corría por la comisura de los labios, agregué—: Y supongo que tú también, ¿no? Hudson... —insistí—, cuando me lo propongo, consigo tener una mala leche impresionante, ¿sabes? No te arriesgues a que te destroce la jeta porque estoy decidido a hacerlo sin el menor miramiento. Y tendrás que ponerte el bigote en la solapa de la chaqueta, ¿entiendes?

—Sí, sí...

—Correcto, cabrito. Falseaste el informe que te pedí acerca del paradero de mi hermana, y ahora tratas de seguir el juego advirtiéndome de mi presencia en Los Ángeles... ¿a quién?

Se pasó la punta de la lengua por los sangrantes labios y repuso:

—A... Roger Stack.

—¡Vaya! Al *number one* de los promotores artísticos de Hollywood. ¿Y por qué a él precisamente?

Tragó una nueva dosis de saliva.

—Verás, yo...

—¡Cállate, cobarde! —estalló Gail con centelleante y rabiosa mirada.

—Si vuelves a interrumpir, golfa —la miré muy hoscamente—, te astillo esa naricita respingona que tienes. ¿No estás viendo que el

muchacho arde en deseos de colaborar? Adelante, Hudson... me están faltando orejas para captar las cosas tan interesantes que estoy seguro vas a decirme. ¡Venga, venga, menea la sinhueso!

—Stack es un hombre importante...

—Ya me lo has dicho antes. Al grano.

—Sus influencias se extienden por todas las áreas sociales, sus millones cubren extensas zonas de negocios y poder. No hay más remedio que inclinarse —advirtió el desprecio que traslucía mi mirada, gritando, como si quisiera convencerme—: ¡Te lo juro! Es uno de los hombres más importantes de este país, del continente si me apuras... Anda metido en política. Tiene amistades en el Senado y en el Pentágono, se dice que también en la CIA. Quienes han cometido el grave error de enfrentársele se han visto hundidos de por vida o han acabado tendidos en una mesa de la Morgue.

Hice un rictus burlón con las cejas y los labios.

—¡Oh...! —ironicé—. ¡Es horrible, espantoso, oírte hablar así! Tengo erizados los pelos de la nuca, palabra. ¿Qué pasa con el influyente señor Roger Stack? ¡Animo, pesquisa!

—Bueno... —Seguía degustando su propia saliva que era un contento—, se me ocurrió pensar que él podía haber visto a tu hermana y le mostré la foto. Stack me aconsejó que olvidara el asunto. Que no siguiera investigando el paradero de aquella chica. Le dije que trabajaba por cuenta de su hermano, que él me había llamado desde Nueva York. Esto... me miró como el señor Stack suele mirar a la gente que le contraría y...

—Y te cagaste en los calzoncillos, ¿no?

—Bueno, yo... Esto... No tuve alternativa.

—¿Y qué supones que voy a hacer contigo, cerdo asqueroso?

—¡Por Dios Santo! Esto... ¡trata de comprender!

Estoy por decir que el tipo del bigotito ridículo me daba pena. Me asaltó incluso la idea de que la golfa de su mujer se entendía con el poderoso señor Stack. En fin...

—¿Por qué le has telefoneado?

—Pues... Esto... —Siempre estaba con el «pues» entre los labios, el «bueno» y el «esto»— para decirle... Bueno, para decirle que me he visto obligado a darte sus señas.

—¡Ah, mira qué prevenido! Y los tíos prevenidos, según el refrán, valen por dos. Así Stack podrá comprobar una vez más que

le guardas rigurosa fidelidad, ¿eh? Que sigues siendo uno de sus lameculos incondicionales, de sus falderos, y no te hará objeto de cualquier represalia, ¿verdad?

—¡Sí, sí, eso trataba de evitar! Una represalia. Pero... ¡te juro!

—¿Otra vez con los juramentos? —le corté—. No me jures tanto y preocúpate de responder con sensatez y serenidad a las preguntas que aún me quedan en el buche. Sin equívocos, ¿entiendes? Porque como vuelvas a cometer otro error te acordarás de mí por los restos, ¿eh? ¿Cuál es la verdadera fuente de ingresos de Roger Stack?

—No sé... de veras que no. Se rumorean muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Drogas, espionaje...

—¿Espionaje?

—Son rumores... ¡sólo rumores! Puede que algunos respondan a la verdad y otros no. ¡Qué sé yo!

—Bien... —Fui caminando atrás sin perderle la cara a ninguno de los dos. Miré con desprecio a Jack y a su impulsiva y deseable mujer—. ¡Hasta la vista, pesquisa! ¡Nos veremos, Gail... y pese a todo, sigues estando la tira de buena! ¿Ya te deja satisfecha ese mastuerzo, en la cama?

—¡Muérete, Derek Brown! —Me escupió la lúbrica y apetitosa Gail.

Salí del lugar a toda pastilla.

CAPÍTULO III

—¿Es que no hay bastantes federales en Los Ángeles que has tenido también que venir tú?

Eso acababa de preguntarme Geoffrey Stubbs.

Según Stuart Olson el chivato mejor retribuido del país a todos los niveles.

Geoffrey sabía muchas cosas. Era, además, muy zorro. Además de sus chivaterías andaba metido, según fuentes bien informadas, en rollos de yerba y prostitución.

Los estamentos oficiales parecían conscientes de ello pero le dejaban vivir a cambio de informes clave en momentos determinados.

—Estoy aquí de paisano.

La cara de águila de Stubbs esbozó un rictus irónico.

—¿De veras?

—Se trata de mi hermana Nancy —y le expliqué lo que pasaba.

—¿Por qué no me habías hablado de este asunto desde Nueva York?

—Pensé que era una de las muchas chiquillerías de Nancy. Pero ahora estoy muy mosca.

Y a renglón seguido le hablé de Jack Hudson.

—Ése va de compras —me dijo. Añadiendo—: Un auténtico imbécil.

—Es de Roger Stack de quien quiero que me ilustres.

—Ése no es un imbécil —sonrió con su cara cetrina—. Es un hijo de puta.

—Ya. ¿Y...?

—Mucho cuidado, Derek.

—¿Por...?

—Últimamente parece que anda metido en contrabando de armas. No se ha comprobado pero la sospecha está ahí. En el ambiente. Ya sabes lo que se cuece en Italia con las armas, ¿no? Se dice que hay cargamentos que llegan a medio y extremo oriente, vía Nápoles, Palermo y Catania, procedentes de Estados Unidos. Roger Stack puede estar en eso.

—¿Y lo de descubrir talentos artísticos?

Geofrey Stubbs soltó una apagada risita.

—Fachada. Pura y simple fachada.

—¿Me sugieres que le vaya por la cara?

—Te sugiero que no le vayas de ninguna manera.

—Me importa una mierda si está o no metido en el contrabando del gatillo —dije, y era la verdad en aquel momento. Añadiendo—: Pero si tiene algo que ver con la desaparición de Nancy lo destrozo.

—No es tan fácil. Si estás decidido mejor por la cara, desde luego. Sin rodeos. ¿Sabes dónde?

—El pesquisa me ha dado una dirección: California Avenue 1003. ¿Qué es eso?

—El Travelling

Blue's.

Pero hay otro sitio mejor para abordarlo. North Boulevard, 874. Es otro *night club*. Propiedad de Meryl Lockwood, una de las mujeres que más le van a Roger. Se dice que sí es algo más que pasión, que si hay negocios de por medio. Espionaje. Es lo tuyo, Derek.

—He venido por Nancy solamente.

—Bueno. Pero con los ojos bien abiertos, ¿eh? Muy seguro del terreno que pises, ¿estamos?

—O. K. ¿A qué hora?

—Sobre las once es buena para encontrarlo allí. Cuídate, Derek.

—Lo haré, buitre. Y gracias.

Faltaban horas para las once y decidí asomar por el hotel donde me había hospedado a mi llegada. Un relax me vendría bien mientras preparaba mi estrategia.

Di vuelta a la llave en la cerradura, hice girar el interruptor...

Y lo vi.

RIP.

Muerto del todo.

Y habían tenido el mal gusto de ponerlo encima de la cama de la

habitación 412 del hotel Presidente. Habitación de la que yo era titular en aquellos momentos.

Le habían hecho, además, como media docena de agujeros.

A quemarropa.

Lo habían acribillado.

Para traérmelo después, desnudo, y tenderlo encima de mí cama.

Así estaba aquel fulano extraordinario que había colaborado conmigo en el difícil arte de poner micrófonos sin que nadie se diera cuenta de que estaban puestos.

Warren Bogart.

Luego de mirarlo con largueza, luego de cerciorarme de que no había nadie en la habitación y luego de comprobar que lo habían liquidado lejos de allí, porque no existía el menor vestigio de lucha, de violencia, porque hasta el polvo estaba en su sitio... luego de todo eso me senté a la vera del muerto para fumarme un pitillo.

¿Me buscaba Warren para decirme algo y por eso lo habían pringado?

No dejaba de ser arriesgado ventilar a un agente federal.

¿Por qué?

Medité, lanzando volutas de humo al ambiente, cuando realmente no había nada que meditar. Bueno, algo así. Warren Bogart no acostumbraba a moverse por California. Su presencia en Los Ángeles cabía esperar que guardase relación con la mía... ¿Qué le importaba a él que yo hubiese perdido a mi hermana? En buena lógica no tenía por qué saberlo.

Seguro que no lo sabía.

Entonces..., ¿por qué se lo habían cargado y depositado luego en la cama de mi habitación? ¿Por qué sus asesinos querían conectar aquel crimen con mi persona?

Para crearme dificultades, sin duda.

—¡Bah! —Tiré el pitillo a un extremo de la estancia y me puse en pie, saliendo y cerrando cuidadosamente.

Fui a la salida de emergencia dejando atrás el hotel con la llave de mi habitación metida en el bolsillo.

El inspector-jefe de la delegación federal en la ciudad.

Consulté una pequeña agenda de bolsillo en busca de las señas particulares de Carter.

Dentro de un taxi después le dije al chófer:

—Lincoln Avenue. 1236.

—O. K.

Salimos zumbando.

El mismo me abrió la puerta. Y estaba claro que lo había sorprendido saliendo de la ciudad. Al menos, eso parecía atestiguar el albornoz azul eléctrico.

—¡Derek! ¿Cómo por aquí? Pasa, hombre, pasa.

Me precedió hasta una cómoda y espaciosa salita.

—¿*Whisky* o ginebra? —preguntó después, abriendo las compuertas del mueble-bar.

—Un lingotazo de lo más seco y fuerte que tengas.

Preparó un par de ginebras.

—Acomódate.

Hizo lo propio en la butaca de enfrente.

—Warren Bogart está muerto —dije luego de sacudirme un buen trago entre pecho y espalda.

Carter parpadeó.

—¿Por qué no empiezas por el principio? ¿Qué pintas tú en Los Ángeles?

Se lo dije, insistiendo:

—Está completamente fiambre, ¿sabes? Y lo han dejado en mi cama, en mi habitación, en mi hotel, y en todo lo que tú quieras.

—¿Tienes idea del porqué?

—No creo que Warren estuviese buscando también a mi hermana. Ni se conocían que yo sepa. Warren no tenía ni idea de que Nancy estuviera en el mundo.

—¿Un cigarrillo, Derek? —me ofreció.

—Sí... Gracias.

Echamos humo.

—Esto me huele muy mal —dije.

El inspector-jefe local del FBI largó algo que me dejó de piedra.

—Warren Bogart hace tiempo que no pertenece al Federal Bureau of Investigation.

Dejé el vaso encima de la mesita ratona y me puse muy tieso.

—¿Cómo dices, Carter?

—Eso...

—¿Por qué?

—Presentó su renuncia hace tres meses. Así de simple. —
Entonces, todavía tiene menos sentido que lo hayan asesinado y
puesto en mi cama.

Jerry Carter me miró de una forma que no me gustó un pelo.

—¿Hace tiempo que no veías a Warren?

Otra vez me puse muy tieso.

—¿Qué insinúas, Jerry? —Y antes de que respondiera, agregué
—: No tengo el ánimo para tonterías, ¿entiendes? Hace más de un
año que no lo veía. Y ojo con lo que hablas, Jerry.

—No te cabrees, hombre —me detuvo con un ademán,
interrogando a renglón seguido—: ¿No dejarás de comprender que
es muy raro que tú aparezcas de pronto, por asuntos personales, en
Los Ángeles... y que poco después haga acto de presencia en la
habitación donde te hospedas, Warren Bogart, muerto, asesinado?

—Entiendo que es raro. E incomprensible. He venido para que
me eches un cable, Jerry. Las elucubraciones nada solucionan
ahora. Ni las hipótesis.

—De acuerdo, Derek. Te libraré de ese cadáver con el mayor
sigilo.

—Te he traído la llave de la habitación. ¿Piensas informar a
Washington?

—No si hago desaparecer el cadáver. Sería una postura
contradictoria, ¿no te parece? Warren ya no figuraba en la nómina
del FBI... Y ahora se trata de ayudarte a ti obviando el problema
que significa la presencia de ese cadáver en tu habitación. Como
tampoco lo han asesinado allí, ¿qué más da dónde lo encuentren?

—Gracias, Jerry.

—De todas formas —me dijo, severo—, algo huele muy mal. Y
puede que esté relacionado con la desaparición de tu hermana,
Derek. Aunque vayas por libre en esta ocasión, mucho cuidado,
¿eh?

—O. K. Eso mismo me ha dicho Geoffrey.

—Geoffrey sabe lo que se dice. ¿Puedo hacer algo más por ti,
Derek?

—Ya es bastante. Jerry. Gracias otra vez.

CAPÍTULO IV

Me colé en la primera cabina que me salió al paso para telefonar al buitre de Geofrey contándole lo sucedido.

—¡Acabas de llegar y ya te metes en berenjenales! —exclamó desde el otro lado.

—Yo no voy de lila, buitre. Aquí pasa algo muy gordo...

—Es posible, federal. Es posible. ¡Oye...!

—¿Sí?

—¿Por qué no hablas con una chica que se llama Priscila Streep?

—Y de qué tengo que hablar con Priscila Streep, ¿eh?

—De Warren Bogart.

—¿Qué sabe ella de Warren? —Seguí preguntando.

—Lo primero que hacía él al poner los pies en Los Ángeles, cuando aparecía por aquí, era acostarse con Priscila. Pero ojo, no te confundas... es una chavala con clase.

—¿Dónde la localizo?

—En un

puti-club

de Santa Mónica. El Red Love. Cualquier taxi te posará frente a la entrada sin necesidad de que le des la dirección.

—O. K.

Colgué y salí.

En efecto. Me llevó un taxi sin que le diera las señas.

Aquello estaba oscuro como boca y culo de lobo.

Entre las tupidas y densas penumbras que como una espiral asfixiante y sin fin envolvían el ámbito, pude distinguir la jaula color oro que colgaba, oscilante, del techo, dentro de la cual una go-gó

completamente desnuda no paraba de agitarse y agitar sus

lujuriosos encantos con furor bestial.

En la barra había unas nenas muy hermosotas y dotadas la mayoría de unas sugestivas y succulentas pechugas.

Al final del mostrador y frente a una caja registradora se encontraba el tipo con cara de hurón que parecía llevar la contabilidad de todo aquel asunto.

El encargado del mangoneo, supongo.

Me fui a una de las pechugonas para deslizar la yema de mis dedos por encima de aquel maravilloso piano lácteo que ella exhibía con tanto esmero.

—Hola... —susurró, ahuecando sus morritos rojos, sus morritos cálidos.

—Hola, princesa. ¿Me dices quién es Priscila Streep?

Se oscurecieron sus facciones.

—¡Oh, no...! ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Le dediqué una galante sonrisa.

—Lo ignoro, princesa. Tú estás de un bueno subido que es demasia... A Priscila no la conozco. Pero difícilmente podrá superar esos... esos poderes que la naturaleza te ha dado a ti. ¿Me dices quién es ella, bonita de todo?

Extendió la diestra y su índice más concretamente sobre la pared opuesta por la que corrían veladores, mesitas, pequeños y estratégicos rinconcitos para susurrar términos amorosos...

—En la última mesa. La del jersey violeta.

—Gracias.

Fui a la última mesa y tomé asiento en el sofá junto a la preciosidad del jersey lila cuello cisne que jugaba distraídamente con el vaso largo del cubata dándole medios giros entre sus dedos.

—¿Qué tal, Priscila?

—¿Me conoces?

Pude comprobar que sus piernas, cruzadas una sobre la otra y saliendo por arriba del interior de una escueta falda de cuadritos blanquinegra, eran piernas de película. Piernas de artista de cine. Piernas de Hollywood, claro. Empezando desde el ágil y fino tobillo hasta ir subiendo por la curva moldeada que terminaba en unos muslos de carnes prietas, tersas, que la falda no era capaz, o no quería, ocultar por completo.

—No... —musité—. Un amigo me ha hablado de ti.

Me miró con atención. Enfocándose al fondo de los míos con el raudal luminoso de sus ojos.

—¿Me conoce él?

Vi suspirar tenuemente, en fugaz vaivén, los erguidos pechos de Priscila. Y me di cuenta también de que lo que en otra no hubiese pasado de carnal ofrecimiento, obsceno ofrecimiento, en Priscila convertíase en algo tan dulce e infantil, tan cándido y maravillosamente cautivador, que a tu pesar, te encandilaba.

—El sí. El conoce a todas las chicas bonitas de la ciudad.

—¡Ah...! —Pareció burlarse.

—Sí —dije otra vez. Agregando ahora—: Me ha dicho que Bogart te veía cada vez que pisaba Los Ángeles.

—¿Bogart? No entiendo. Humphrey hace años que murió. Y él se llevaba muy bien con Lauren Bacall...

—Es inútil, Priscila. Me consta que la información es fidedigna. Y para disipar tus posibles dudas te diré que yo también soy federal —en un gesto rápido y por debajo de la mesa le exhibí mi credencial. Siguiendo—: Y era también amigo de Warren Bogart, ¿sabes? Habíamos trabajado en equipo varias ocasiones. Era un tipo estupendo con el que siempre me llevé bien.

—¿Era...? —preguntó, con ligero pero perceptible temblor de voz.

—Era sí. Lo han asesinado hace pocas horas.

—¡No! ¡Eso es imposible! —Casi gritó.

Tan explosiva fue su exclamación que llamó la atención de algunas de sus compañeras y los clientes que las acompañaban.

—Desgraciadamente es posible —me reafirmé—. Priscila. No suelo bromear con esta clase de temas.

—Pero si esta madrugada... —Silabeó confusa y anonadada.

—Ha estado contigo, ¿verdad?

—Sí... —Apenas un tenue hilo de voz brotaba por entre sus rojos y frutales labios.

—Priscila... —La tomé con firmeza por el brazo—, tenemos que hablar urgentemente. ¿Dónde podemos hacerlo sin que nadie nos moleste?

—No puedo irme de aquí ahora. Hasta las dos de la madrugada no termino.

—Imposible —sentencié—. Tengo que hacer muchas cosas de

aquí a esa hora. No puedo esperar...

Me interrumpió ella:

—Ahora y sin que nadie nos moleste sólo se me ocurre un sitio.

—¿Un reservado imagino?

—Sí. Tienes que sacar el tiquet.

—¿El tipo de la caja?

Asintió Priscila con las mejillas llenas de rubor.

Fui adonde me indicaba.

—Un tiquet. Priscila Streep.

Me miró con una sonrisa libidinosa.

—Tiene buen gusto, amigo. Es la mejor chica de la casa.

—¿Por qué no se ahorra los comentarios, cara de mofeta?

—¡Bueno, bueno! No se enfade por eso, amigo. Sólo era un decir. Son cuatrocientos cincuenta dólares.

—¡Coño! —Se me escapó—. ¿Es que tiene la chica música...? Olvídalo, cara de mofeta.

¡Cuatrocientos cincuenta! No es que Priscila no valiese eso y mucho más, pero... Pagué religiosamente, me entregó el tiquet y regresé al lado de Priscila.

Minutos después nos encontrábamos apartados del mundanal ruido. Una estancia confortable de luces muy tenues y ambiente sofisticado y embriagador salpicado por las notas tenues, dulces, de un en teoría inexistente servicio estereofónico.

Sugestivo, sí.

El tocador, unas butacas, una mesita, la cama, claro... El mobiliario lógico de aquellos lugares y para aquellas ocasiones.

Ella cerró el tocadiscos. Luego nos sentamos el uno frente al otro y aunque lo intenté, me fue imposible evitar que mis ojos fuesen al lugar en que al encogerse la minifalda, una vez sentada ella, aparecía la totalidad de sus muslos soberbios y un breve anticipo de la suave y crujiente braguita de color negro.

—¿Un cigarrillo, Priscila? —ofrecí.

—Sí. ¿Quieres encendérmelo?

Lo hice. Echamos humo los dos.

—¿Por qué lo han matado? —inquirió Priscila.

—Ni idea. Es la misma pregunta que yo me hago desde que lo encontré, desnudo y baleado, en la cama de la habitación del hotel Presidente que yo ocupo. ¿Te ha explicado el porqué de este viaje a

Los Ángeles?

—No... No solía hablarme demasiado de su trabajo... —se interrumpió, seguro, al querer pronunciar mi nombre. Y yo hice lo que debía haber hecho desde un principio:

—Derek... Derek Brown.

—Había venido a Los Ángeles —continuó la maravillosa Priscila — siguiendo a un tipo que, por lo visto, estaba mezclado en el asunto que Warren investigaba. Recuerdo que a primera hora de la mañana, en mi apartamento, mientras yo preparaba unos combinados él ha efectuado una llamada. Apenas si he podido escuchar un par de palabras, pero he creído entender que hablaba con alguien muy conocido de él por el tono que empleaba...

—Veamos —la interrumpí—, ¿dices que Warren investigaba un asunto? ¿Por cuenta de quién?

Me miró con mucha sorpresa. Con evidente sorpresa.

—¡Toma! —exclamó—. ¿Por cuenta de quién quieres que fuese? ¡Del FBI!

Negué con la cabeza.

—Bogart ya no pertenecía al Federal Bureau.

La sonrisa de Priscila ante lo que yo esperaba que constituyese una novedad para ella, me desconcertó.

—Estás en un error, Derek. Bueno, no sé si debo realmente...

—¡Por Dios, pequeña! —exclamé, vivamente intrigado—, te lo suplico.

—Debo decirte que me inspiras confianza, Derek. No sé por qué pero me siento a gusto a tu lado. Puede que tengas algo que me recuerde a Warren... no sé. Eres distinto a los demás que suelo tratar. ¿Te decía? ¡Oh, sí, perdona! Me voy de una cosa a la otra porque me encuentro un tanto desconcertada. La baja de Bogart en el FBI no fue más que un ardid... y su muerte demuestra que no todo lo ingenioso que Warren suponía, que él mismo propuso a sus superiores, de forma rigurosamente incógnita, para poder moverse con mayor libertad y, me imagino, para desconcertar a sus enemigos. Es obvio que no lo ha conseguido.

—Una filtración —dije, como para mí mismo—. Lo de siempre. ¿Cuándo te lo contó?

—Hace unos dos meses. La última vez que vino a Los Ángeles. Entonces me habló de su fingida baja en el Federal Bureau.

—¿Y de la misión que tenía encomendada?

—Ni una palabra.

Inhalé el humo con fruición y desasosiego hasta consumir el pitillo.

—¿No tienes idea de quién pueda ser la persona a quien ha telefonado mientras preparabas esos combinados?

Movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Derek. Supongo que debían ser varios los amigos que tenía en la ciudad.

—Bien —alcé mi ágil y elevada naturaleza de la butaca.

—¿Te vas? —Y con la pregunta leí una suave invitación en sus ojos magníficos.

—Sí. Y lo lamento. Pero tengo mucho que hacer. Si te acuerdas de algo me hospedo en el Presidente.

Pareció no escucharme y movió sus labios muy despacio, muy sensualmente, para pronunciar:

—Me siento sola, Derek. Más sola que nunca. Terriblemente sola...

—Te entiendo y lo siento de veras.

Ella dio un par de pasos hacia mí sin dejar de tener sus pupilas luminosas hundidas en las mías.

No pude evitar un estremecimiento dulce y agradable ante la insistencia de su mirada.

—Has pagado cuatrocientos cincuenta dólares...

—Tú vales mucho más que eso. Priscila. No he venido a comprar un rato de tu amor ni a pagar el placer que puedas proporcionarme. Lo nuestro tenía que haber sucedido de otra forma menos vulgar, en otras circunstancias.

—Las vulgares son las personas, Derek. No las circunstancias. Te necesito en este momento. Te deseo. Por favor.

Se pegó prácticamente a mí.

Y la sangre me estalló dentro del pecho como un océano de rojas olas embravecidas. Y una voz empezó a martillar mis sienes repitiendo como en agónico y desesperado espasmo que necesitaba liberarme de la gran confusión en que me hallaba inmerso.

Relajarme.

Amar... sí. Amar...

Percibí el roce tibio de sus senos vibrátiles, enhiestos, palpar en

mi torso con respiración levemente agitada. Noté su aliento, como en un jadeo embriagador, deslizándose muy cerca de mi boca, obsequiándome igual que si de un vientecillo tropical se tratara con un calor que segundo a segundo iba convirtiéndose en fuego voraz...

Voraz...

Y como un susurro, su voz:

—Te necesito, Derek. Por favor...

No sé si ella me venció con relativa facilidad o si yo me dejé vencer tras mentalizarme de que lo necesitaba, de que era forzoso e ineludible que la amara... que la amara con toda la pasión de que yo, Derek Brown, era capaz.

Mis labios, en un raptó casi bestial, en explosión de instinto, estallaron con febril agonía en la boca frutal y húmeda de Priscila Streep para beber, apasionadamente, su aliento. Mis manos la estrecharon primero y se deslizaron después por su espalda tratando de despojarla del violáceo jersey.

Luego, me hallé perdido en un abismo fascinante de vivencias deliciosas, de paradisíaca liberación.

Era otro mundo, sí.

Un mundo completamente distinto.

CAPÍTULO V

Fui donde me había dicho el buitре de Geoffrey Stubbs.

Al 874 de North Boulevard.

Royal Black.

Aquello era para la *jet society*.

Gente fina. Gente de pasta. Gente, seguro, involucrada en un sinfín de inmoralidades.

Pero la cosa estaba montada así y yo no iba a cambiarla.

Como tampoco iba a resucitar a mi amigo Bogart.

¿Por qué lo habían liquidado?

La pregunta me machacaba las sienes y el pensamiento.

¿Dónde estaba la conexión entre la llegada a Los Ángeles de Warren y la mía, buscando a Nancy?

Era absurdo pensar que pudiera existir relación alguna... ¡bah!

Sólo en compañía de Priscila había conseguido liberarme un poco, pero ahora volvían, las dudas, los interrogantes y las meditaciones.

¡Vaya tía la pelirroja del guardarropa!

Aquello no era un escote sino una pantalla de cinemascope.

Y lo suyo no eran pechos, no, eran ubres.

Pero ¡cómo se sostenían aquellas ubres! ¡Qué tiesas!

Tuve un raptó de inspiración y le fui derecho.

Sus impresionantes tetas olían a flores silvestres. ¡Qué maravilla!

—¿Quieres ganarte trescientos dólares, buena moza?

Me miró de pies a cabeza y creí leer en su mirada un atisbo de aprobación. Algo así como: «Estás pero que muy bien parido, tío».

Lo estaba. Sin rubores. Sin falsa modestia.

Ella, moviéndose como una gata, estiró uno de sus brazos, enroscó los dedos en mi nuca y se vino adelante para incrustar sus

labios en mi boca y cosquillear con su lengua en mi campanilla.

Tenía aliento de fresa.

Me inquietó. Me...

—¿Qué tengo que hacer para eso?

Saqué una foto

13 × 18

y la puse debajo de sus brillantes pupilas.

—¡Es Nancy...! —exclamó.

Mi rapto de inspiración había sido positivo.

—Háblame de Nancy, pelirroja. Y te embolsas los trescientos.

—Me vas a buscar la ruina, ladrón —parpadeó, abanicándose el rostro con sus larguísimas, interminables pestañas.

—Juro ser una tumba. Adelante.

—¿Te la quieres...?

—Es mi hermana —la atajé a tiempo.

—¡Ah...! —Se sofocó—. Disculpa. Como los tíos siempre nos pisáis los talones con la sana finalidad de meteros en la cama con nosotras... Es Nancy, sí. ¿Tu hermana dices?

—Afirmo.

—Estuvo por aquí. Hace tiempo.

—¿Qué buscaba?

—Lo que todas imagino. Por aquí aparecen a diario infinidad de muchachas con la esperanza de que el señor Stack les brinde una oportunidad. El señor Stack es...

—Lo sé, lo sé. El señor Stack y el señor Reagan son los que mandan en este puto país. Eso no me interesa. ¿Qué hay de Nancy?

—¿No te han dicho nunca que eres muy nervioso?

—Nerviosísimo. Sigue...

—Estuvo aquí varias veces con igual pretensión que las demás: triunfar en un plato. Conseguir del señor Stack el apoyo necesario para dar el pego en el difícil mundo cinematográfico. La recuerdo porque no se me escapa una cara que pase por aquí. Soy buena fisonomista. Y Nancy es una chavala maja que se hace notar.

—¿Llegó a recibirla Stack?

—No puedo asegurártelo —me dijo la pelirroja—, pero pienso que sí. Tiene por costumbre recibirlas a todas.

—¿Y la oportunidad que ella pretendía?

—Creo que no. De lo contrario, se sabría.

—¿Cuánto hace que la viste por última vez?

Ahora, la vi dudar.

—No sé... Un par de meses quizá. Pero no estoy segura.

—Gracias, buena samaritana —y puse los trescientos sobre el mostrador del guardarropía.

Se apresuró a ocultarlos, pidiendo:

—No me comprometas, por favor. Si se enteran de que yo... Me ponen de patitas en la calle, ¿sabes? La jefa está ciega por Roger Stack y hace lo que él dice.

—O. K. Duerme tranquila.

Me perdí hacia el interior de la sala.

Gente fina todos, sí. Como yo había pensado.

Atrapé a un camarero por el brazo.

—¿Dónde puedo ver al señor Stack?

El tipo me echó una penetrante y desconfiada mirada.

—No sé si ha venido, señor.

—¿Y si viene dónde se mete?

—En su despacho de dirección. Allí... —señalaba unas pesadas cortinas de terciopelo que debían ocultar un arco o el encuadre de una puerta.

Fui al lugar y constaté que era una puerta lo que se encontraba al otro lado de los cortinajes.

La abrí.

Detrás había un tipo muy grande.

—¿Qué buscas tú?

Era educado por naturaleza.

—Quiero ver al señor Stack —dije, lacónico.

—No se le puede ver.

—¡Ya! ¿Es invisible?

Me puso una mano encima del hombro, presionándome la clavícula.

—¿Vas de gracioso por la vida, miniatura?

El medía más de dos metros.

—No...

Mi rodilla derecha se clavó con violencia a la altura de sus pelotas y de pronto, debió sentir las en la garganta.

—¡Aaaah! —Se encogía.

Lo cacé con un derechazo fulminante empotrándolo en la pared

donde rebotó con apagado y macabro chasquido.

Era mucho tío aquel tío.

Reaccionó como un rayo y su diestra, hundiéndose bajo la axila, surgió empuñando una negrísima *Parabellum*.

Finté al tiempo que saltaba a la izquierda y mi pierna salió disparada adelante impactando en la muñeca armada.

Otro aullido y la pistola se fue al carajo.

Su puño derecho impactó en mi hombro y sentí lo mismo que si un huracán me empujase a ciento cincuenta por hora. Me di de espaldas contra el muro, osciló mi nuca como la de un muñeco de trapo dando aldabonazos en la pared y vi lucecitas polícromas bailando y brillando burlonas frente a mis pupilas estrábicas.

—Ahora te enseñaré, hijo de perra —jadeaba.

Su puño, de nuevo, estalló como un misil de mediano alcance. Evité la andanada por milímetros con un brusco giro de cuello que me descoyuntó las cervicales y los nudillos de la bestia se quedaron marcados en el mamparo.

Separé en forma de «uve» los dedos índice y corazón de la zurda para clavárselos en los ojos.

El alarido, ahora, fue estremecedor.

Volví, aprovechando su momentánea ceguera, a meterle la rodilla en el sitio oportuno.

Se fue atrás y se agachó braceando, enloquecido, ciego de ira y escocidos los ojos y lo que no eran los ojos, buscando atraparme con sus manazas que parecían aspas de un loco molino.

Le hundí las yemas de los cinco dedos diestros en el plexo y a su boqueo agónico añadí un directo a la jeta que acabó con él de espaldas en tierra, patas arriba, enorme como era pero también ridículo.

Salté a por la *Parabellum* y le metí el cañón frente a sus torpes pupilas.

—Levántate, marica.

Se hizo el loco y le marqué una raya en la frente con el punto de mira del cañón.

Brotó la sangre, caudalosa.

—¡Vale, vale...! —Gruñó—. ¡Ya voy!

Se alzó.

—Llévame a presencia del mandamás.

—Te acordarás de esto, muchacho —me amenazó aún.

Le obsequié con una de mis más depuradas sonrisas.

—Es posible, es posible. Pero tú, como sigas hablando, no te acordarás de nada porque voy a balearte. Sabes que hablo en serio, ¿no? —Moví la automática significativamente.

—Sí...

—¡Andando!

Me hice a un lado para dejarle paso y luego le seguí a prudente distancia. Convenía tener presente la posible mala idea de que el gorila se revolviere. Si tenía la absurda ocurrencia de hacerlo le iba a meter caña hasta que me dolieran los nudillos.

No lo hizo. Era muy grande pero no idiota.

Caminamos hasta el fondo, lugar donde el pasillo se bifurcaba a un lado y otro. La mala bestia cuya espalda encañonaba dobló a la derecha acabando por detenerse frente a una puerta.

—Aquí es.

—Como un chico bien educado que eres, llama. Pide permiso para entrar...

Dio un paso adelante y golpeó la hoja con los nudillos de una manera normal. Se cuidó bastante de no andar con señas ni tonterías.

Entonces hice estallar la culata de la *Parabellum* en su nuca y el gorila se vino a tierra sin exhalar un gemido.

Pasándole por encima abrí la puerta y entré.

—Buenas...

Más que verlo intuí el tipo que se disponía a agredirme por detrás surgiendo por la izquierda según la puerta y no hice más que caer en tierra, bascular sobre mi espalda y echando las piernas arriba atrapé con ambos tobillos el cuello del fulano para enviarlo como un obús contra la pared de enfrente.

Creí que el despacho se hundía, pero no.

Me alcé con agilidad de pasmo pero eso no fue óbice para que alguien me barrenara el cogote con el cañón de una pistola y otro alguien me sujetara con fuerza, inmovilizándome con una presa de catch.

¡Sí que habían hijos de perra allí dentro!

—¿Lo desnucó, jefe?

—Soltadlo —dijo el que estaba al otro lado de la mesa, el que

mandaba allí, el señor Stack supongo.

Pero más que el señor Stack miré a la chica.

¡Estaba enorme! Y me sonreía, provocativa, la muy putona.

—Hola, Brown. ¿Era necesario que se presentase de esta forma?

Volví mi atención a él.

Aquel fulano debía contar unos cuarenta y cinco tacos, era alto, atlético, robusto, y las facciones de su rostro resultaban agradables, escondían incluso rasgos de gigoló de altura. Pero deslucía su posible atractivo aquella expresión cínica, cruel, despiadada. Sus ojos eran grandes y muy negros. Los cabellos, oscuros, ondulados y tercamente abrillantados.

—Sus chicos me lo han puesto difícil, Stack. Porque es usted Roger Stack, ¿no?

—Le felicito por su intuición —asintió, irónico.

—El lameculos de Hudson le habrá dicho que estaba en Los Ángeles, ¿no?

—¿Por qué es usted tan peyorativo, Brown?

—Sólo cuando trato con gentuza —y avancé hacia la mesa.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Le dice algo el nombre de Nancy Brown?

—Que es su hermana, supongo.

Tomé asiento en la silla que estaba frente al *number one* de los productores y promotores, frente al tipo del que se decía andaba metido en corrupción a todos los niveles, en política, en finanzas, en espionaje incluso.

—¿Qué pasó con Nancy, Roger Stack?

—¿Por qué tenía que saberlo yo? —Seguíamos con aquel juego precautorio de interrogantes y de respuestas que eran preguntas.

—Tienes cara de saberlo todo, Roger —intervino ella, como queriéndome recordar a mí, a mí, que estaba allí.

Volví a mirarla. Abierta. Descarada. Ofensivamente.

Era rubia. Llevaba el cabello muy cortito, graciosamente cortito, a lo *garçon* que se había llamado en otros tiempos, silueteando lo redondo y bien hecho de su cabecita. El cabello debía de estar teñido en oro porque su piel era bronce puro, bronce aceitoso y excitante. Los ojos eran muy grandes y luminosa, brillantemente negros, ofreciendo un arco iris variopinto de emociones y promesas. Sus ojos hablaban, eran elocuentes. Muy elocuentes. Vestía una

insólita y sorprendente casaca que recordaba un kimono japonés, con un dragón bordado en negro. La casaca se ceñía a los moldes excitantes de su anatomía realzando el trazo magistral de sus pechos rígidos, violentos, que carecían de sujetador y pugnaban, parecían pelear, por abrir minúsculos agujeros con sus aguerridos pezones en la tela amarillenta del singular kimono. Un pantalón cortito, negro, de satén, completaba la exótica indumentaria de aquella hembra de excepción.

Necesitando molestarla, ofenderla, pregunté:

—¿Se puede saber quién es esa tía y qué leches pinta en nuestra conversación?

Roger no se dio por molestado y sonriendo, invitó a la mujer:

—Dile cómo te llamas, pequeña.

—Lindsay Martin —repuso, despectiva, insolente la mirada de sus ojos al recorrer mi anatomía. Preguntando—: ¿Por qué no ordenas que lo maten, Roger?

—¡Lindsay! ¿Cómo puedes ser tan impulsiva? —fingió asombrarse él.

Estiró ella sus piernas de fábula.

—Era una sugerencia.

—Te importa dejarnos solos, ¿eh, preciosa?

Asintió de mala gana al interrogante, que más que eso era una orden, de Roger Stack. Que volvió a hablar, dirigiéndose a los matones que proseguían, acechantes, a mi espalda:

—Vosotros también, muchachos. Esperad fuera.

—¡Pero...! —exclamó uno que parecía disconforme.

Chispearon peligrosamente los ojos del que mandaba al gritar, imperioso:

—¡He dicho fuera! ¿Está claro?

—Sí, sí, sí, señor —escuché detrás mío la voz ceremoniosa, aquiescente, servil, del asustado guardaespaldas.

Ella, Lindsay, se alejó hacia la salida con un contoneo que me excitó.

Era deseable hasta la locura aquella hembra.

Cuando todos hubieron abandonado la estancia dijo mi interlocutor:

—Ahora podremos hablar tranquilos, Brown.

—Lo espero. Y espero que me hable de Nancy.

—Sí... —Se pellizcó la barbilla con suavidad, con intriga, como no lo hubiera mejorado el mismísimo cardenal Richelieu. Añadiendo de pronto y sorprendiéndome—: Le ofrezco un trato, amigo.

Me molestó que me llamara amigo pero olvidé el término frente al desconcierto que me producía lo que acababa de decir.

—¿Qué trato? —pregunté.

—Un trato interesante.

—Al grano, Stack —dije con inquietud.

—Usted va a ser, si acepta, el *starring* de la próxima película que voy a producir.

Me quedé perplejo. Confundido. Atónito.

Yo actor de cine.

Aquel tipo estaba loco. O borracho.

Pero no parecía loco ni borracho.

—Explíquese —musité, con cautela.

—Necesito una cara nueva y necesito un tipo con sus maneras. Tengo un circuito cerrado de TV y a través de él he seguido su forma de producirse con Keller. Cameron Keller es el tipo al que ha dejado groggy a la puerta de mi despacho después de calentarlo a modo.

—Stack —hablé muy despacio—, usted trata de desconcertarme y pienso que se equivoca. Tengo muy claro el por qué he venido aquí, pero usted no parece tener demasiado claro la clase de fulano que soy. En menos de...

—Si usted comete la torpeza de tocarme un solo cabello, amigo —dijo, ominoso, conminatorio—, puede ir olvidándose de Nancy.

Me hirvió la sangre y hube de esforzarme para dominar las ansias de crujirle que me acometían.

—No se pase, Roger Stack, no se pase, porque le juro...

—Usted rueda la película conmigo y luego le informo sobre el paradero de su hermana, ¿hace?

—Y qué pinto yo en el reparto de una película, ¿eh?

—Pinta de protagonista masculino, se lo he dicho. Le dará la réplica a la diva del momento: Pamela Sue Weston.

—¡Pamela Sue Weston! —repetí con vivo asombro—. ¡Pero...!

—El filme se titula *Oscar al peor actor*. El argumento gira en torno de un tipo al que eligen como víctima propiciatoria de una

trama complicadísima. El tío es novato y lo hace tan bien a fuerza de hacerlo rematadamente mal que acaban nominándole para el Oscar y concediéndoselo. De ahí el título. ¡Ah!, dejando aparte mis informes sobre Nancy usted percibirá cincuenta mil dólares. ¿No le parece un buen trato?

Como mi cerebro trabajaba a toda máquina, pregunté de repente:

—¿Qué tenía usted que ver con Warren Bogart?

Su expresión fue de asombro genuino. Legal. Real. Sin que tuviera que forzarse para ello.

—¿Warren Bogart...? Jamás en mi vida había oído ese nombre antes de que usted lo pronunciara. ¿Quién es Warren Bogart?

—Era... era. Un amigo mío al que han obligado esta mañana a largarse de este barrio.

Olvidándose del nombre dijo, insistió mi interlocutor:

—El trato es inmejorable, Derek Brown. ¿Acepta?

Me mantuve unos instantes en silencio. Luego, adelantando el busto hacia la mesa, hablé, despacio:

—No sé a qué juega exactamente, Stack. Pero sí sé que el juego puede ser muy peligroso. La vida de Nancy está en medio de todo este tinglado y me consta que usted la ha visto, que ha hablado con ella.

—¿Acaso lo he negado en algún momento?

—... Y lo que sí sé —hice como que no le había escuchado—, lo que tengo clarísimo, es que si Nancy sale de este lío con un solo araño, uno solo, todos los periódicos hablarán con asombro y largueza de los muchos cirios que van a iluminar su cadáver. Si trata de llevarme al huerto, Roger Stack, le garantizo que le voy a dejar en tal estado que tendrán que servirse de las huellas necrodactilares para identificarlo. ¿Lo entiende? Acepto el trato. ¿Qué pasa con *Oscar al peor actor*?

—Ya le he resumido el argumento. Pasado mañana iniciaremos el rodaje. Y mañana mismo por la tarde, venga a recogerme aquí y le llevaré a los cottages de la Mercury Films para que conozca a la super Pamela Sue Weston y demás actores y actrices que intervendrán en el rodaje. —Se van a mear de risa. ¿Lo sabe supongo?

—Están en la inteligencia de que buscábamos una cara nueva

para el estelar masculino. El tratamiento del guión y su argumento exige la presencia de un desconocido. ¡Ah, Derek! Le agradeceré que cuando salga, ahora, no me estropee nada más, ¿eh?

—Lo único que estropearé es su físico en caso de que no cumpla nuestro trato.

—Mañana mismo firmará usted el contrato Brown. Le doy mi palabra de que cumpliré.

—Eso espero... por el bien de ambos. Hasta mañana entonces — me puse en pie.

Roger Stack se quedó con la mano derecha tendida porque yo no la estreché.

CAPÍTULO VI

Cuando dejé atrás la puerta del Royal Black no tuve muy claro si debía echarme a reír o a llorar.

Era cosa de locos todo aquello.

Repasé en veloz escorzo mental cuanto me había sucedido desde que pusiera los pies en Los Ángeles.

Cosas inverosímiles, desde luego.

Yo había acudido para encontrar a mi hermana Nancy. Una chica malcriada, joven, llena de ideas extrañas, que un buen día había decidido largarse a Hollywood para triunfar en el cine.

Al menos, eso me había dicho.

Y lo confirmaban las explicaciones de la pelirroja exuberante del guardarropía del Royal Black.

El todopoderoso señor Stack no negaba conocerla.

Warren Bogart estaba muerto.

Y yo, de golpe y porrazo... actor.

Encabezando el reparto de un ambicioso film cuya *vedette* era la famosa Pamela Sue Weston.

Oscar al peor actor.

El peor actor... era yo.

Para morirse de risa, sí. Yo, actor. Yo... *Oscar al peor actor.*

¿Cuál era el juego de Roger Stack? Fuera cual fuese, yo, estaba obligado a jugarlo hasta el final.

Si quería llegar a alguna conclusión práctica.

Si quería encontrar a Nancy Brown.

El argumento gira en torno de un tipo al que eligen como víctima propiciatoria de una trama complicadísima, había dicho el poderoso señor Stack.

¿Podía ser yo, realmente, esa víctima propiciatoria?

¿Por qué habían asesinado a Warren Bogart?

¿Quién? ¿Roger Stack...?

¿Qué tenían que ver las investigaciones de Bogart, aquella misión para cuyo desarrollo había simulado causar baja del Federal Bureau, con la desaparición de Nancy?

¿Tenían que ver una y otra cosa, realmente?

Mundo enigmático y turbulento el de Hollywood.

Con gentes que, al parecer, andaban metidas en líos de espionaje. O de tráfico de armas. Dos buenas razones éstas para que Bogart andara husmeando por los alrededores.

Espionaje... Warren, por lo que fuese, podía estar tras la pista de Roger Stack, y éste, sabedor de ello, había decretado su ejecución.

¿Por qué su cadáver en mi habitación?

Por eso tenía que jugar hasta el fin. Para descifrar aquel enigma. Para encontrar a Nancy.

—¡Mierda! —exclamé en voz alta. Y un tipo que pasaba por las inmediaciones se me quedó mirando y dijo para sus adentros que yo estaba loco.

Yo...

Actor.

Seguía sin saber si debía llorar o reír.

Decidí retirarme al hotel, echarme sobre la cama que suponía ahora limpia de cadáver, cerrar los ojos, ordenar ideas...

Pensar...

¿En qué?

En que a lo mejor me daban el Oscar por ser el peor actor.

Reí mi propia gracia.

—¡Taxi, taxi...! —Le hice una seña al vehículo blanco con lista horizontal roja que llevaba el «libre» encendido.

Le di las señas del hotel.

Encima de la cama ya no estaba el cadáver de Warren Bogart.

Mentalmente le di las gracias a Jerry Carter. Que dicho sea de paso no había visto muy clara mi presencia en Los Ángeles y mucho menos la presencia de un cadáver en la cama de mi habitación.

Aunque Jerry Carter ignoraba, al parecer, que lo de su baja era una añagaza.

Salí a la terraza para respirar aire puro.

—Buenas noches —me saludó ella.

La miré sin hacer aspavientos. Dominando el ligero sobresalto que me acababa de producir encontrarla allí, acodada en la balaustrada, fumando tranquilamente. Ahogando un gesto de sorpresa.

—Hola, Lindsay. ¿Has venido para acostarte conmigo? Siempre despierto pasión en las chicas, pero así, de manera tan fulminante... Te lo agradezco de todas formas.

—Deja de hacer tu papel, Derek —me sonrió con su boca roja como una fresa.

Había cambiado la casaca japonesa por una camisa de corte masculino que, a pesar de todo, aumentaba su encanto femenino. Los dos primeros botones estaban desabrochados y dejaban intuir, y más que eso, la umbría canal que separaba sus pechos excitantes.

Un tejano azul, ceñido, apretado, estrangulaba sus formas excitantes.

—¿Te explicas, prenda?

—¿Quieres un Winston?

—O. K. —dije, y me lo encendió con su boca para pasarlo a la mía.

—Gracias —y aspiré humo para luego echarlo convertido en volutas y espirales—. Te escucho, pequeña.

—Estoy contra Roger Stack.

—Pues lo disimulas de maravilla, ¿eh?

—Mi táctica es diferente a la tuya, Derek. Tú vas de duro, de violento, y yo de chica dulce, tentadora, que pretende encandilar a Roger y que se deja atrapar en sus maduros encantos de cuarentón.

—¿Y para qué, si puede saberse?

Clavó sus ojos azabache en los míos. Percibí un cosquilleo en mi columna vertebral. Había fuego, había vida ardiendo, en las pupilas de aquella hembra deseable.

—Para encontrar a mi hermana.

Parpadeé, asombrado.

—¡Vaya! Así que hemos venido a lo mismo. ¿Debo creerte?

—¿Por qué piensas que estoy aquí?

—¿Quién te ha dicho que paraba en el Presidente?

—Geofrey Stubbs.

La miré con más atención que nunca.

—Empiezo a creerte —dije. Preguntando—: ¿Qué tienes que ver

con el viejo buitro?

—Me ha echado muchos cables desde que llegué aquí. Un pesquero de Chicago me dio una tarjeta para Geoffrey.

—¿Eres de Chicago?

—Sí.

—¿Qué pasa con tu hermana, Lindsay?

—Lo mismo que con Nancy. Un día voló. Dijo que venía a Hollywood... y ni rastro.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

Tiró el cigarrillo al suelo y pisó la punta ardiente con el fino tacón de sus altísimas botas.

—Stack finge estar ajeno a las desapariciones de esas chicas pero sé que no lo está. Tenemos que seguir adelante, Derek... juntos. ¿Qué te ha propuesto Roger?

Me inspiraba total confianza. Se lo dije.

—Es muy extraño todo eso, ¿no crees?

—Sí. Pero debo seguir adelante.

—¿Piensas que te estás jugando la vida, Derek?

—Es mi oficio, prenda. No vendrá de una vez...

—Si tú y yo desaparecemos —dijo y con mucha lógica—, nunca se sabrá que fue de esas muchachas, Derek.

No hice comentarios al respecto y sí anuncié:

—Tiene que haber alguien más que Roger Stack en este jaleo.

—Seguro —asintió la embriagadora mujer de cortos cabellos rubios—. Es gente muy extraña la de Hollywood, muy extraña. Se besan en las mejillas, se abrazan y se odian profundamente.

—También aman apasionadamente, Lindsay —objeté. Inquiriendo—: ¿A quién ama con pasión el señor Stack?

—Pienso que a Pamela Sue Weston.

—Y a Meryl Lockwood, ¿no?

—A ésa sólo la maneja Derek. La utiliza como le da la gana y punto. Por la que realmente va de cráneo es por Pamela Sue. Cabe pensar que Darren McFarland, el baboso marido de la actriz, ande sembrando de dificultades el trayecto de Roger Stack, haciendo cosas que se cargan en el deber del productor y descubridor de talentos. Es una idea que me ha pasado varias veces por la cabeza.

—Además de cornudo, ¿a qué se dedica el tal McFarland?

—Es director de cine. El que dirigirá precisamente *Oscar al peor*

actor Un mal bicho. Le gustan las jovencitas. Los cuadros y las aberraciones. Me parece que es un frustrado y un maníaco. Delira ante las fantasías sexuales. Conozco bien a esa clase de tipos.

—¿Y qué ganaría haciendo desaparecer a las chicas?

—No aseguro que sea él. Pero sí es una posibilidad a tener en cuenta.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—¿Me permites? —Miré a Lindsay.

—Por supuesto.

Entré para recoger la llamada.

—Habla Derek Brown. ¿Quién es?

Me llegó un registro de matiz musical, diciendo:

—Priscila... ¿Me recuerdas?

—¡Por favor! —me alegré de oírla—. ¿Acaso lo dudas? ¿Ocurre algo, Priscila?

—He recordado un detalle, Derek.

—¿Sobre...?

—La conversación telefónica que sostuvo Warren mientras yo preparaba los combinados. Dos letras, recuerdo haberle oído pronunciar dos letras... Le escuché decir un par de veces: «Sí, JL, de acuerdo, JL».

—¡JL! —exclamé, confundido, apretando con fuerza el auricular. Preguntando, evidentemente nervioso—: ¿Qué diablos significa JL?

Unos segundos de pausa y la voz cantarina de Priscila Streep, respondiendo:

—JL, Derek, son las iniciales de Jerry Lewis —hablaba con excitación y énfasis. Tras una nueva pausa, agregó—: Warren solía llamar en plan cariñoso Jerry Lewis a Jerry Carter porque decía que ambos tenían cierto parecido físico y también en las iniciales de sus nombres y apellidos. Fue con Jerry Carter con quien habló desde mi apartamento, Derek.

—¡Jerry Carter! —exclamé, ignorando ahora que ella estaba al otro extremo del cable, como si hablara para mí—. O sea que Jerry sabía de la llegada a Los Ángeles de Warren Bogart. Pero... ¡eso es horrible! Eso significa que... —recordé que tenía a la chica colgada del otro lado del cable, Preguntando—: ¿Estás segura de eso, Priscila?

—Completamente, Derek. ¿Es malo acaso?

—Todavía no lo sé, muñeca. ¡Pero gracias por haberme llamado!
Y muy descortésmente por mi parte corté la comunicación recuperando la línea para discar en el dial el número del viejo buitre.

—¿Está Geoffrey? —pregunté cuando descolgaron.

—¿Quién le llama?

—Derek Brown.

—Un momento.

Esperé como un par de minutos hasta oír preguntar a Geoffrey:

—¿Qué pasa ahora, federal?

Se lo conté.

—Vaya, vaya... —No parecía Geoffrey Stubbs excesivamente sorprendido. Y agregó—: Así que nuestro buen amigo Carter puede ser un doble agente, ¿eh?

—Puede... —Lindsay había entrado y se hallaba muy cerca de mi haciéndome sentir la fragancia de su perfume y la tibieza palpitante de su cuerpo—. ¿Tú qué opinas, viejo? Dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo, ¿no?

—No puedo pasar de la suposición, federal —me dijo el buitre. Puntualizando—: Eres tú quien debe concretar esta circunstancia. ¡Ah, oye!

—¿Sí...?

—De no encontrar a Carter en su apartamento, tengo entendido que por las noches suele visitar a una amiguita suya en el 2610 de Santa Mónica Boulevard. ¡Suerte!

Colgó.

Me quedé con el auricular en la mano. Pero mirando a Lindsay.

Ella, con sus cejas arqueadas, me presentaba un claro interrogante.

Pero antes...

Sentí enormes deseos de estrecharla contra mi tórax y buscar en sus labios un profundo relax. Tras colgar, lo hice. Ella no presentó la menor objeción. Al contrario. Sentí su cuerpo cálido crujir entre mis brazos y su boca de fresa ofrecerse primero y devorar la mía después.

El fuego de sus pechos entró hasta el fondo de mi naturaleza produciéndome una sensación de éxtasis.

Aunque lo deseaba, aunque la deseaba, algo me dijo que no era

el momento de poseerla.

Lindsay Martin, jadeante, inquirió.

—¿Siempre reaccionas así?

—Tú... —La miré en profundidad—, harías reaccionar así a un muerto.

—¿Es un halago?

—Es... Y ahora, tengo que marcharme.

—¿Por qué?

La informé del porqué.

—Asegúrate antes por teléfono de que Jerry Carter no está en su casa.

Era una buena sugerencia.

Jerry Carter no estaba en casa.

De acuerdo pues con lo informado por el viejo buitre debía haber acudido a visitar a su amiguita del alma.

No acababa de entrarme en la azotea que Jerry pudiera ser un doble agente.

Los había habido siempre. Y siempre resultaban ser aquéllos en quienes menos se pensaba.

—Voy contigo —me dijo la preciosa rubita teñida de piel cálida y bronceadamente aceitosa.

—No.

—¿Por qué no?

—Por lógica. Es absurdo que empieces a correr riesgos de buenas a primeras. Te ha costado llegar hasta Roger Stack y ganar su confianza... ¿Qué ganas con echar por tierra tu trabajo si las cosas salen mal? Tú en un campo y yo en otro coordinando nuestros mutuos esfuerzos ¿vale?

Hizo un ademán más resignado que otra cosa.

—Vale. Pero te esperaré aquí, ¿eh?

La besé profundamente en su boca de fresa.

—He.

CAPÍTULO VII

2610, Boulevard Santa Mónica.

Aquella casa destacaba de las demás porque no lucía en su aspecto arquitectónico con evidencias de chalet, *bungalow* o cottage.

Más bien de corte clásico, casi colonialista, aunque bien conjugado este estilo con pinceladas reformistas.

Tenía su gracia en medio de las otras.

La verja no era obstáculo para quien tratase de entrar subrepticamente, ya que parecía tratarse más bien de un motivo de adorno, de la guinda que remata el pastel.

La salvé limpiamente haciendo caso omiso del timbre. No tenía el más mínimo interés de advertir a nadie de mi presencia allí. Serpenteé por el bien cuidado jardín dirigiéndome lo más recto posible en dirección al edificio. Ante éste se extendía un gran parterre de tulipanes rojos que debía costarle una pasta gansa a la amigueta del traidor de Jerry Carter.

¿Traidor?

Eso estaba por demostrar todavía.

Unas notas musicales, tenues, llegaron hasta mis oídos procedentes de lo que sin duda era el salón, cuyos ventanales se abrían a una veranda de plantas trepadoras. Alcancé la veranda atisbando por el más cercano de los ventanales.

Permanecí inmóvil unos instantes. En completo silencio.

Luego, con rapidez y decisión, salté y me introduje por el abierto ventanal.

Echando mano a mi «38» reglamentario, por si las moscas.

Nadie.

No había nadie en el salón.

¿Quién puñetas tocaba pues el piano?

Misterio...

Aquello estaba lujosamente decorado en azul y oro, conteniendo tresillo de rico tapiz, una consola sobre la que había un par de costosas estatuillas, un juego de mandarines en porcelana y un reloj antiguo pero de indudable valor. Unos canapés negligentemente distribuidos y el piano de marras.

Debía, a la vista de que nadie tocaba el instrumento, existir una instalación oculta de estereofonía, ya que, otra vez y desde distintos lugares de la estancia, algo vomitaba las notas cadenciosas de una tropical melodía de Lecuona.

Tanta soledad, tantas facilidades y tanta lenche, me estaba mosqueando.

«¿Una trampa?», este interrogante se me abrió en el magín con letras así de grandes.

¿Trampa...? Nadie sabía que yo iba a acudir a aquel lugar. ¿O sí?

¡Maldita fuera mi estampa! No podía dudar de Geofrey. Ni tampoco de Lindsay. El viejo buitres siempre me había sido leal. Y la chica me inspiraba confianza porque tenía la certeza de que iba de noble.

Desechando aquellos temores que consideraba absurdos y procurando centrar la atención en lo que estaba haciendo en aquellos instantes, dejé atrás el confortable salón adentrándome en el pasillo que debía conducir a las restantes dependencias.

Mis pisadas no producían el menor chasquido al quedar ahogadas por la muelle alfombra que distanciaba mis pies del suelo.

Con las precauciones extremadas y apretando fuertemente la culata del «38» para sentirme más seguro, abrí la primera puerta que me salió al encuentro.

Conteniendo la respiración le di vuelta al conmutador.

Nada.

Completamente vacía.

Admití, muy a pesar mío, que todo aquello comenzaba a desconcertarme.

Otra puerta.

Así el tirador con una lentitud que crispó mis propios nervios, excesivamente crispados quizá, y lo accioné, procurando no producir el más leve siseo.

La luz.

Accioné la llave de la luz.

Raudales de luz vinieron a sustituir las tinieblas que inundaban la estancia hasta entonces.

—¡Dios Santo! —exclamé, estupefacto.

Porque el lienzo que tenía frente a mi estúpida mirada era magistral en su más depurada y siniestra concepción diabólica.

No existía mejor ni más adecuado calificativo: diabólico.

Jerry Carter.

Estaba allí.

R. I. P.

también.

Como antes me encontrara a Warren Bogart.

Ante mis atónitos ojos, estúpidos y estrábicos también y todo lo que se quiera, se extendía una amplia estancia, confusa y extraña estancia, cuyo mobiliario la convertía en siniestra mezcla de dormitorio y despacho: pesada mesa de nogal, mueble librería con estanterías repletas de volúmenes lujosamente encuadernados, un par de butacas frente a la mesa, y más cerca de la puerta en cuyo umbral me encontraba yo, una cama con su armario correspondiente y la mesita de noche.

Una cama... sobre la que se hallaba, sobre la que lucía espectralmente, un negro y severo ataúd.

Escortado por cuatro candelabros y sus respectivos cirios, apagados éstos.

Dentro, sobre el acolchado violáceo del féretro, descansaba el ensangrentado cadáver de un hombre... de Jerry Carter.

R. I. P.

Cristalinos los ojos, inmóviles, clavados en el techo con expresión tan vacía como absurda.

Apreté los puños fuertemente al notar que una rabia sorda se apoderaba de mí. Al entender que estaban jugando conmigo como el gato con el ratón. Que me hacían ir por donde querían porque precisamente iba a ciegas. Jugando... sí. ¡Jugando maquiavélicamente!

Otro cadáver en mi camino.

No es que lamentase en exceso la muerte de Jerry Carter, no. Pero... ¿por qué?

Un nuevo por qué. Otro interrogante que añadir a la lista.

¿En qué me había metido?

Yo sólo pretendía encontrar a mi hermana Nancy y... ya me habían convertido, incluso, en actor.

Mi imagen se perdía a lo lejos y volvía con fuerza, reproduciéndose burlona, una y otra vez, en aquel absurdo laberinto de espejos siniestros.

De súbito, se hizo la oscuridad.

¿Quién había apagado la luz?

Sin poder evitarlo, me estremecí.

«Tranquilo, Derek, tranquilo», me dije de cerebro adentro.

¡Estaba perdido si me dejaba impresionar por aquellos alardes maquiavélicos!

¿Dónde estaban mi serenidad y sangre fría? Eso... ¿dónde?

Traté de recuperar el dominio de mis nervios, de las propias emociones. Y fue entonces, cuando parecía conseguirlo, que el potente haz de luz que procedía del lugar aproximado donde estaba situada la pesada mesa escritorio, se estrelló cegador y violento contra mis ojos, inundándolos de vivos e hirientes rayos que daban la dolorosa sensación de hendir y horadar mis pupilas como miles de alfileres, de pequeñísimos, agudos y punzantes alfileres.

Instintivamente traté de confeccionar una pantalla con las manos dejando que en el intento el «38» cayera, tintinease en tierra. No me preocupó, quizá por ser consciente de que el revólver de nada iba a servirme frente a mi desconocido y enigmático enemigo.

Entonces oí la voz. De matiz impersonal, siniestro, pareciendo brotar de todos los rincones de la estancia con rigurosa nitidez:

—Bien venido, federal. ¿Te satisface el espectáculo que he preparado en tu honor? ¡Oh, no, no debes afligirte! Al fin y al cabo Jerry Carter era un asqueroso traidor y un asesino. Lo que vosotros soléis llamar un doble agente. El mató a Warren Bogart... por orden mía, claro. Pero eso ya lo habías deducido tú, ¿verdad Derek Brown?

Era inútil ocultarlo. Estaba total y absolutamente desbordado. Y tan brutal era mi desconcierto, que de haberme preguntado alguien en aquel instante, si era de hombre o de mujer la voz que estaba escuchando, no hubiese sabido dar una respuesta concreta.

—Me divierten estos juegos, federal. ¿Y a ti? ¡No, claro! Tú

encarnas el papel de ratón y eso no gusta a nadie. ¡Con lo tranquilo que estabas en Nueva York jugando a las misiones importantes!

—¡Basta! —bramé, enloquecido, excitado y nervioso a tope—. ¿Quién diablos eres? ¿Qué pretendes de mí?

Una risotada gutural, sardónica, llenó de un eco estremecedor mis tímpanos.

—Tú lo has dicho... —murmuró, con sádica dulzura ahora— ¿el diablo? Quizás... ¿Quién sabe, Derek Brown, quien sabe? Pero dime, tú que te tienes por un hombre clave dentro del engranaje del Federal Bureau of Investigation... ¿Qué sabes del psicoanálisis y el hipnotismo?

Ahora el estremecimiento que flageló mi naturaleza fue evidente.

Porque comprendí que aquel juego rebasaba las fronteras demoníacas inclusive.

Y en un rapto extraño me tiré en busca del caído «38».

Sonó entonces, seco y siniestro, el tableteo de una metralleta entonando su mortífera salmodia obligándome a echar el cuerpo atrás y rectificar mi inicial impulso.

—No vayas a equivocarte, Derek Brown. A mí... no me viene de un ataúd más o menos. ¿Por dónde íbamos? —preguntó la voz al saberme de nuevo inmóvil—. ¡Ah, sí, sí! El psicoanálisis y la hipnosis... ¡Si supieras la de cosas que pueden conseguirse a través de tan apasionantes ciencias!

—¡Ya! Por ejemplo... —le atajé, celebrando en mi interior aquella vuelta a la normalidad por mi parte, aquel rapto irónico que me hacía, por un instante, sentirme de nuevo yo, y que me demostraba la recuperación parcial del dominio de mis emociones —, conseguir que un hombre íntegro se convierta en un traidor a su patria y...

—*Relájate, Derek Brown. Relájate y no pienses en nada...*

Una serie de extrañas figuras comenzaron a dibujarse frente a mis ojos al tiempo que un gigantesco disco metálico, chispeante, cegador, muy parecido a un péndulo, oscilaba ante ellos con macabra sugestión.

Sentí, de repente, una extraña somnolencia.

Y pesadez en los párpados.

—... *No pienses en nada. Derek Brown.*

Quise taparme las pupilas, sí. Eso quise hacer.

—Derek... Derek Brown, ¿no es la luz de colores? ¿Y no es gigantesco el sol que se mece ante tu mirada? Ese sol que te produce sueño, sueño... Porque tú, ahora, tienes unos grandes deseos de dormir y de no castigar tu cerebro con absurdos pensamientos. ¿Verdad. Derek Brown?

La voz se repartía en matices entre suaves, autoritarios y cálidos, filtrándose en mis oídos con una extraña profundidad y un eco que como espiral al estirarse iba ocupando todos y cada uno de los más ignotos rincones de mi mente sin que yo me sintiera capaz de impedirlo. Me invadía una peligrosa y extraña sensación de languidez, de bienestar, de laxitud a la que, inconscientemente, me iba abandonando.

—La luz es de colores, Derek... de colores. Aparta las manos de tus ojos y podrás comprobarlo. Aparta las manos. Derek... Derek... Derek...

¡Sí! ¡Aparté las manos de mis ojos!

Era de colores, sí... ¡de colores! Y el sol, gigantesco, estaba en el centro de ellas. Componiendo enormes borrones que parecían de tinta y que al gotear daban la extraña sensación de ir alterando su forma para componer estampas irreales, monstruosas, alucinantes.

—Derek... —Seguía, machacaba la voz extraña, siniestra, mi psyche— trata de no pensar en nada... Trata de no pensar en nada. En nada...

Las luces, los colores, aquel péndulo demoníaco que parecía un sol cruel, las manchas, las figuras dantescas... y de repente, la oscuridad.

No... no pensaba en nada.

Nada.

—Derek Brown, me oyes, ¿verdad?

—Sí. Te oigo.

—Repite con voz clara, muy clara, lo que yo voy a decir ahora. Esto: «¡Tienes que divorciarte de Darren, Pamela Sue! ¡No puedes vivir ni un instante más con ese viejo repulsivo, con ese baboso degenerado! Quiero que nos casemos inmediatamente. Con sólo verte has inspirado en mí la pasión más grande de toda mi vida. Acabo de conocerte y ya no puedo vivir sin ti...».

Y como un autómatas, sin voluntad, repetí:

«Tienes que divorciarte de Darren. Pamela Sue. ¡No puedes vivir ni un instante más con ese viejo repulsivo, con ese baboso degenerado! Quiero que nos casemos inmediatamente. Con sólo verte has inspirado en mí la pasión más grande de toda mi vida. Acabo de conocerte y ya no puedo vivir sin ti...».

—Y ahora. Derek, repite: «Estás muy equivocada, Pamela Sue. O te separas de ese hombre... ¡o te mataré!». Repítelo, Derek, repítelo.

«Estás muy equivocada. Pamela Sue. O te separas de ese hombre... ¡o te mataré!».

—Bien, Derek. Bien. Eres un chico extraordinario.

Después, silencio.

Absoluto y sepulcral silencio.

Silencio.

Un silencio muy grande, escrito en mi vacío cerebro con caracteres de imprenta gigantescos.

Silencio...

CAPÍTULO VIII

Silencio, sí.

Truncado a intermitencias por el ronco runruneo de los motores de los vehículos que cruzaban de un lado para otro, aumentando y disminuyendo en torturante diapasón.

Me dolía la cabeza, y mucho.

¿Por qué no se iban a hacer puñetas ellos y sus malditos coches?

¿Dónde... estaba?

¡Metido en el hueco de un árbol! Y en una posición muy parecida a la que se adoptaba para excretar.

¡En la madre de alguien me iba a cagar yo!

Pero... ¿qué había sucedido exactamente?

Me apreté las sienes con más rabia que fuerza, igual que si tratara de exprimirlas para sacar algo en claro de su contenido. Luego, me pasé la palma de la diestra por el cogote, como buscando un chichón que evidenciara el haber sido golpeado.

No. El chichón no estaba.

Apoyándome en el tronco del arbusto me puse en pie como buenamente pude.

¡Jerry Carter!

Eso...

Jerry Carter, ensangrentado, en el interior de un ataúd.

2610 de Santa Mónica Boulevard.

Torpe, confuso, miré a mi alrededor.

—¿Le ocurre algo, amigo?

Respingué, asustado, ante la pregunta que no esperaba ante la creencia de encontrarme solo.

—No. Nada, nada... —repuse dubitativo, percatándome de que quien me hablaba vestía uniforme de la Metropolitan Police. Y

añadí, como el que se disculpa—: Perdone, agente. Creo que he bebido más de la cuenta. Chicas... Ya sabe, ¿no? Oiga... ¿qué hora es?

—La una y media de la madrugada. ¿Quiere que le llame a un taxi?

—No, no. No hace falta. Esto es el Boulevard de Santa Mónica, ¿verdad?

—Sí... ¿De veras que no desea que le pida un taxi?

—No. Gracias...

Y me largué, sin saber exactamente dónde dirigía mis pasos.

¡Jerry Carter, sí!

Pero... ¿y después?

Una oscura laguna se abría en mi cerebro. Nada. ¡No recordaba nada absolutamente!

Y no iba a correr el riesgo de volverme loco devanándome los sesos. Así que... Traté de orientarme hasta tener de nuevo, frente a mí, el 2610.

Apreté el timbre con ira mal disimulada.

Corrieron hacia la verja dos perros enseñándome los dientes en feroces gruñidos.

Antes no los había visto. ¿Por qué?

Volví a pulsar el botón con largueza.

¡Y el par de canes gruñe que te gruñe!

Pocos segundos después me pareció distinguir en la oscuridad un bulto en movimiento, una sombra que se destacaba en el edificio, sendero adelante, bordeando el parterre de tulipanes en dirección a la verja.

Dejaron al momento de mostrarme los dientes y obsequiarme con sus gruñidos la pareja de guardianes, para correr meneando la cola al encuentro de la sombra que avanzaba.

—¡Quietos, tranquilos! Quietos... ¡Id a vuestro sitio!

Era una voz femenina, sin duda.

Una hembra de bandera con extraordinarios ojos verdes que tuve delante mío al cabo de unos segundos, queriendo saber con expresión contrariada:

—¿Se puede saber qué desea usted a estas horas?

—Quiero saber lo que ha hecho usted con el muerto que tiene por ahí dentro con su ataúd y todo.

Soltó una carcajada.

—¿Está loco, borracho... o busca plan? Si es esto último, reconozco que la forma es ingeniosa.

—Me gustaría encamarme contigo, nena. Pero no tengo el ánimo para folklores sexuales, ¿comprendes?

—No. No comprendo nada.

Me sobaban ganas de saltar otra vez la verja pero ahora para partirle aquella preciosa boca roja de embustera que tenía.

La presencia no muy lejana de los perros enfrió mis ímpetus.

—Mira, bonita... porque eres bonita y lo cortés no quita lo valiente. Trato de conservar mi equilibrio psíquico aunque alguien, a su vez, trata de conseguir todo lo contrario, y te aseguro además que no estoy «tomado». Y te aseguro también que hace rato he estado en el interior de esta casa y he descubierto un cadáver en una habitación-escritorio metido dentro de un negro y estremecedor féretro. Ya sé que...

—¡Fascinante! —se burló—. Pero pase, pase, pase —me invitó ante mi genuino asombro— y muéstreme dónde ha visto al muerto.

Sin más comentarios la seguí hasta la casa.

No dejaba de resultar extraño que una mujer se fiase del primer tipo que llamara a su puerta diciendo haber visto un muerto dentro del edificio. Aunque aquella hembra, por sí misma, era extraña, misteriosa... parecía rodeada de un aura casi alucinante.

Y además, a mí... ¿qué podía extrañarme ya?

La veranda, el salón, sin música de Lecuona ahora, el pasillo, la habitación vacía...

La otra habitación.

Bajo la atenta y burlona mirada de los ojos verdes, la abrí, brusca, nerviosamente.

—¡Aquí es donde...!

Callé al punto.

Era el despacho, sí... pero no había cama, ni armario, ni mesita de noche, ni ataúd, ni muerto.

—¡Mierda! —exclamé. Y mirándola furioso, quise saber—: ¿Qué has hecho del cadáver? ¿Qué has hecho de Jerry Carter?

—Pareces un tipo de ideas muy fijas, ¿eh? Y me parece que ya estoy teniendo demasiada paciencia contigo, ¿no crees?

¡Para cagarse, vamos!

Encima era ella la que estaba teniendo mucha paciencia conmigo.

Siempre perdido en el fulgor verde de sus pupilas la miré de pies a cabeza. Controlando mis ganas de cubrir de golpes su bello rostro, su boca sensual. Hube de reconocer, pese a mi cabreo, que era extraordinaria, magistral. Había visto otras mujeres parecidas en viñetas de revistas que se expedían sin permiso de la censura.

Y parecía querer incitarme. Excitarme. Por cómo ahuecaba sus labios carmesí de agrietada humedad. Por cómo permitía que palpitasen sus pechos de febril vaivén...

Me zafé del hechizo sexual que transpiraba todo el cuerpo exuberante de aquella hembra porque tenía cosas más importantes de qué preocuparme.

—Mira —le dije—, como estamos en la meca del celuloide, te voy a contar la película completa. Me llamo Derek Brown y...

—¡Derek Brown! —exclamó con alborozo, lo mismo que si acabara de decirle que yo era el E. T.—. ¡Qué pequeño es el mundo!

—¿Pequeño...? ¿Es que te quieres quedar conmigo, ojos verdes? ¿Más todavía?

—Tú eres el *starring* de Oscar al peor actor —me sorprendió del todo.

Me hundí de hombros al tiempo que me pasaba una mano por la frente.

—¿Cómo lo sabes? —Fue lo único que se me ocurrió.

—Porque Roger Stack se lo ha dicho hace poco rato a Pamela Sue Weston, y yo soy la secretaria particular de Pamela.

Para morirse.

Aquel galimatías no podía entenderlo nadie.

—Me rindo —dije.

—¿Qué te apetece?

—Cuatro *whiskies* en uno, muñeca. ¡Vaya, vaya! Así... que la secretaria, ¿eh?

—Ven... —Y me cogió de la mano llevándome al salón sin música de Lecuona donde me sirvió un largo y cargado *whisky*.

Me lo eché dentro del gaznate de un trago, sin parpadear.

—No será que ya sabías que ésta es mi casa y todo ese cuento del muerto no es más que un...

—¡Basta, estúpida! —aullé—. Yo no... —De súbito enmudecí,

pensando que lo único que me serviría, y lo más sensato, era hacerles el juego a toda aquella carroña hollywoodense si en verdad deseaba llegar a descubrir aquel enigma de proporciones tan diabólicas como gigantescas, si de veras quería encontrar a Nancy Brown, mi hermana. Sí, el único camino era admitir por el momento toda aquella serie de maquiavelismos que estaban tejiendo a mi alrededor con la mayor de las naturalidades. Rectifiqué, pues, diciendo—: Yo, pequeña, la verdad... ¡soy un tipo muy original! De un cachondo subido que es demasiado. ¡Me pirra el imaginar historias truculentas de cadáveres y ataúdes que van y vienen como si fueran autobuses de línea! Es... es mi máximo deleite, ¿entiendes? Quizá por eso, por intuir el señor Stack mis aptitudes imaginativas, mi otro yo lleno de arte e inspiración, me ha ofrecido el papel de protagonista masculino en Oscar al peor actor. ¿Cómo te llamas, secretaria? Aún no te has presentado.

—Fiorella Howard. ¿Quieres conocer a Pamela Sue?

—¿Conocerla? —Arqué las cejas con fingida sorpresa. Y con espectacular y teatral ademán, repetí—: ¿Conocerla, dices? ¡Ardo...! ¡Ardo en deseos de tenerla frente a mí!

Ojos verdes me sonrió, penetrante, al decir:

—Eso está hecho, Derek. Voy a buscarla.

—¡Eh...! ¿Cómo?

—Está con unos amigos en la parte posterior del jardín celebrando una fiesta íntima. Sólo unos minutos, Derek.

La que decía llamarse Fiorella Howard y tenía unos preciosos ojos color esmeralda desapareció del salón.

Pasaron tres, cuatro, o quizá más minutos.

Apareció entonces. Medio vestida. Que era como decir medio desnuda.

Un brevísimo *short* negro escondía su intimidad y encima de los pechos, cubriendo apenas los pezones, llevaba un par de rojas, encendidas, inflamantes flores.

—¡Hola, Derek!

Tenía un cuerpo mitológico. Espléndido. Sensual. Con extrañas fluctuaciones sexuales que le envolvían a uno diez segundos después de contemplarla. Era, sencillamente, extraordinaria.

Fuera de lo corriente.

Y al decir de Lindsay estaba casada con un viejo maniaco sexual,

director cinematográfico además.

—Hola...

—¿Sorprendido, amor?

—Un poco. Mujeres como tú se ven de tarde en tarde, prenda. Y me recuerdas a alguien, ¿sabes?

Avanzó hacia mí para enroscarme los brazos al cuello y besarme largamente en los labios.

—¿A quién? ¿Hay otra tan hermosa y deseable como yo en todo el mundo?

—Pienso que no... ¿Sabes algo del muerto, Pamela Sue Weston? Desorbitó muchísimo sus encendidas pupilas de color misterio.

—¿Muerto...? ¡Por Dios, Derek! ¿De qué me estás hablando?

—Olvídalo, muñeca.

—Estaba loca por conocerte desde el instante en que Roger me ha hablado de ti. Ven... Estamos al otro lado celebrando una fiesta, con motivo precisamente de Oscar al peor actor.

—¿Me lo darán, Pamela Sue?

—¿El qué, Derek?

—El Oscar...

Soltó una suave risita.

—¡Oh...! No te extrañe. ¡Se hacen cosas tan raras en Hollywood! Ven, por favor...

Fui con ella a la parte trasera del jardín que estaba tenuemente iluminada con lucecitas suaves, multicolores, al más puro estilo verbenero.

Un tocadiscos, en algún lugar del jardín, ponía música en el ámbito.

—¡Quitad ese disco de una vez! —gritó Pamela Sue Weston, la diva del momento en las pantallas americanas.

Alguien corrió a obedecer.

Y entonces me di cuenta de que yo era el centro de la atención general, el «número fuerte» del espectáculo. Pamela Sue, sin inmutarse, me presentó a sus invitados, y ahora sí que me repasaron de arriba abajo unas doscientas veces por lo menos.

Una niña que se había olvidado de vestir de cintura para arriba dijo que yo, un servidor, no estaba nada mal. Y se me acercó, haciendo brincar lo que no llevaba reglamentariamente sostenido.

Luego Pamela Sue, displicente, altiva, me los fue presentando

uno por uno.

Había varios intérpretes, de primera y segunda fila, extras especializados también, que habían de intervenir en el rodaje de Oscar al peor actor.

El primero que me fue presentado resultó ser un tipo con cara de retrasado mental, que suponía imitar a la perfección a Bob Hope. Luego, otros, muchos más. Ellas, las chicas, en sugerentes y excitantes despelotes camuflados, me hicieron algunas preguntas.

—¿Cuál es tu signo del zodiaco, querido? —Ésta fue una de las más discretas.

—Virgo.

—¡Oh, qué guasón! No lo dirás en serio, ¿verdad?

Bueno, no es que yo fuera a ponerme encarnado, pero aquellas individuosas, amparadas en la bula de pertenecer a un mundo libre de prejuicios, tiraban con bala.

Luego se agruparon todos a mi alrededor, en apretado círculo, sometiéndome a una especie de rueda de prensa. Después, como si todos se hubieran puesto de acuerdo a la misma vez, se olvidaron radicalmente de mí para dedicarse a lo que estaban haciendo cuando yo había aparecido. El sobo, el magreo y tal.

—Simpáticos, ¿eh?

Pamela Sue estaba a mi lado. Excesivamente cerca.

—Sí... ¿Y Fiorella?

—Ha tenido que salir. No te preocupes de ella. ¿Bailamos?

Alguien acababa de poner de nuevo el tocadiscos en marcha.

La miré. Vi cómo ella hacía ostentación de sus abruptos y delirantes senos.

—Por supuesto, Pamela Sue.

Ahora, el microsurco que giraba en el plato era una de aquellas aberraciones discordantes que a finales de la década del 60 y principios de la del 70 habían puesto tan en boga los melenudos de las guitarras con rabo. Los conjuntos, que gustaban de llamarse ellos.

Bueno, servidor sabía darle movilidad al esqueleto cuando las circunstancias lo requerían.

Aunque existían esqueletos muy inmóviles. Como el de Warren Bogart. Y el de Jerry Carter.

—Yo... —dijo ella de pronto—, prefiero bailar despacio.

—O. K. Somos dos, prenda.

Y bailando lento, sintiendo su perfume sensual y sexual dentro de mí, notando sus carnes ardientes estrellada contra las mías, quedé mucho más agotado que si hubiese estado agitando mi cuerpo como una cocktelera.

Me olvidé, incluso, de los cadáveres que iban y venían.

Hasta que alguien me tocó en el hombro y dijo:

—¿Qué hace usted aquí, Derek?

Giré la cabeza aunque había reconocido su voz.

Era Roger Stack. Acompañado de otro tipo.

—¡Ya ve, amigo! —exclamé con una dura y forzada sonrisa—. Pasando el rato.

El todopoderoso descubridor de talentos artísticos y posible connotado con el mundo del tráfico de armas, espionaje y más etcéteras, renunció a entrar en matices acerca del porqué de mi estancia allí.

Sólo anunció:

—Le presento a Darren McFarland —y dirigiéndose al fulano que estaba a su derecha, le hizo saber—: Éste es mi último descubrimiento, Darren... Es Derek Brown, nuestro protagonista de Oscar al peor actor.

Darren McFarland había dicho.

El director cinematográfico.

El marido de Pamela Sue Weston.

El fantasioso sexual. El aberrante. El baboso.

Tenía pinta de todo aquello y más porque su cara arrugada y pellejuda evidenciaba chispazos lúbricos y malsanos, lo mismo que sus sucios ojillos de color parduzco emitían una expresividad libidinosa, repugnante. Tenía una nube blanquecina en las comisuras de los labios que todavía lo hacían más asqueroso.

Pamela Sue se interpuso para besar a su marido con un estudiado refregoteo de pechos.

—Hola, querido. ¿Cómo has tardado tanto?

—Hemos estado en los estudios, con Roger, ultimando unos preparativos para mañana —le dijo a ella pero me estaba mirando a mí. Y tendiéndome la mano, trató de sonreír— me al asegurar: —Es un placer conocerle, Derek.

Me pareció que aquellos dedos estaban hechos de pringue

cuando estreché su fofa mano, mintiendo:

—Lo mismo digo, señor McFarland.

—Darren, Darren a secas, amigo... —anunció, quitándose importancia para darse mucha más con el comentario. Exclamando a renglón seguido con los ojos puestos en Stack—: ¡Oye, Roger!

—¿Sí...? —interrogó el magnate.

—Ya que Derek se ha presentado por sus propios medios, podríamos empezar mañana, ¿no crees?

—Eres tú quien debe decidirlo, Darren.

—¡Oh, no, no! —protesté yo—. Todavía no estoy preparado.

—¡Ya lo creo que lo estás, Derek! —exclamó, retozando en mis aledaños, la excitante y peligrosa diva del celuloide—. Y tengo la completa seguridad de que nos vas a sorprender a todos con tu personal estilo.

—Pero... —Inicié una nueva y ahora tímida protesta.

—¡Nada, Derek! —rió el director como complacido por mi turbación o quizá por otra razón que en aquel momento, como otras muchas, se me escapaba—. ¡Será mañana! Sólo un ensayo. Rodaremos la escena en que usted simula matar a la chica.

—¿A Pamela Sue? —Enarqué las cejas.

—¡Pero sólo en la película, hombre! No vaya a asustarse.

—¡Menudo peso me quita de encima! —Sonreí, irónico.

Pero lo cierto es que desde el instante en que había descubierto el cadáver de Jerry Carter hasta ahora, me sentía totalmente desbordado por el ambiente y las circunstancias. Para ser más exactos desde que había llegado a Los Ángeles.

La vida y entorno de un agente federal eran distintos. Completamente opuestos a todo aquello.

En realidad, no sabía dónde estaba ni por qué.

Parecía no ser yo.

Absurdo si se quiere, sí. Pero era así.

Los ojos del director estaban muy inquietamente fijos en mí. Si aquel tipo era amante de las aberraciones sexuales, quizá...

—Esté tranquilo, Derek —le escuché decir. Agregando—: Roger ya le ha contado el argumento por encima, ¿no? Usted es un tipo al que eligen como víctima propiciatoria incorporándole a una película en la que desempeñará el papel de marido burlado. Su trabajo es tan malo y a la vez tan bueno que acaban nominándole

para el Oscar, debido precisamente a la torpeza tan real de que hace gala en la escena o secuencia que culmina con la muerte de su esposa. Pamela en el film, a la que acribilla a balazos en volandas de los celos. Será sencillo ese ensayo, ya lo verá. Usted sólo tiene que dejarse llevar por mí y...

Siguió enrollándose por espacio de varios minutos, detallándome la escena en que yo —el marido burlado y cornificado, puteado también—, acababa por liquidar a mi parienta que, en realidad, era la suya.

Acto seguido, Darren McFarland me dio las señas del lugar donde se ubicaban los estudios en que se iba a efectuar aquel primer ensayo para calibrar mis aptitudes y posibilidades, recomendándome que fuese puntual.

—Estaré a las ocho, descuide.

—Usted acabará siendo famoso, Brown —comentó Stack con extraña ironía.

Bajando mucho la voz, dije:

—Recuerde que su parte del trato es darme información acerca del paradero de mi hermana Nancy. Si no cumple, Roger, le dejaré a usted tan muerto como no hace mucho he visto a Jerry Carter.

Parpadeó con un asombro que me pareció legítimo.

—¿Quién es ese tal Carter?

—Pregúnteselo a Fiorella Howard. Cuya desaparición, por cierto, me intriga.

—Me la he tropezado al llegar. Salía con su coche...

—Qué casualidad, ¿eh?

—Es usted un tipo muy raro, Derek Brown. Quiere que todo sea como usted dice.

—¿De veras, todopoderoso? Le sugiero que no me tome por imbécil... porque más dura será la caída. Y ahora, hasta mañana. Despídame de todos, patrón.

Y le miré con dureza, a los ojos, por espacio de varios instantes.

CAPÍTULO IX

Me había sido fiel.

Me esperaba.

Tendida en la cama y medio adormilada.

En la misma cama donde apareciera el cadáver de Warren Bogart.

Lindsay era mucho más sugestiva. Y en aquella postura, encogidas las piernas, muy al desnudo...

La besé en la frente y acaricié sus cortos cabellos.

—Despierta, preciosa...

Se estiró.

—¡Oh, Derek...! ¿Qué hora es?

—De madrugada.

—¿Cómo has tardado tanto?

—Si te espabilas te lo cuento.

Se puso en pie de un brinco para sentarse al borde del lecho frotándose los ojos.

La besé en sus labios de fresa. Con fuerza. Con pasión.

—Ahora no, por favor... —susurró tenuemente, sin fuerza apenas.

Besé su garganta y mis manos acariciaron aquellas bolas de fuego que eran sus pechos.

Desnudos frente a mí, instantes después, me volqué en ellos buscando la miel que estaba seguro destilaban. Me invadió la locura cuando escuché los roncros jadeos de Lindsay y cuando aquellos pezones cobraron entre mis labios la rigidez del granito.

Ella se dio a la vehemencia de la pasión entregándose lo mejor de su cuerpo y poniendo en ello el corazón y el deseo.

Fui muy feliz poseyendo a Lindsay.

Me supo a liberación de todo como cuando Priscila.

Pero ella, Lindsay Martin, me inspiraba muchas cosas más.

Tras un relax que invertimos en mimos y caricias nos acometió de nuevo el deseo, la necesidad imperiosa de darnos el uno al otro, e hicimos nuevamente el amor.

Después, tras un largo silencio y humo de cigarrillos, vinieron las explicaciones.

—Todo eso de la película, Derek, me sigue pareciendo muy peligroso.

—Tengo que participar en ese juego si quiero llegar al final, Lindsay.

—Puede que sí, pero... —apuntó temerosa, abrazándose con fuerza luego para besarme con toda su ardiente explosividad.

—¿Has oído hablar de la tal Fiorella Howard?

Negó, moviendo su cabecita de reflejos dorados.

—No. Es la primera vez que escucho ese nombre. Y me sorprende... Es lógico que Pamela Sue Weston tenga una secretaria personal, pero yo debía de habérselo escuchado alguna vez a Roger.

—Quizá Roger Stack nunca se haya comprometido un ápice en tu presencia.

—Puede... Todo esto se precipita y complica. Creo que tu presencia en Los Ángeles ha sido el detonante. ¿Y dices que Roger estaba allí?

—No lo digo, estaba. ¿Por qué, Lindsay?

—Porque creí entender que esta noche iba a darse una vuelta por Isla de Fuego y...

Fruncí el ceño pensativo y a la vez sorprendido.

—¿Isla de Fuego? —repetí, interrogante, interrumpiéndola. Añadiendo—: No recuerdo habértelo oído nombrar antes... ¿Dónde está y qué es esa isla?

—Bueno... —Me miró, mordiéndose el labio inferior—. Es que no creí que tuviera excesiva importancia. Se trata de un islote deshabitado que se encuentra frente a la bahía de San Pedro, a unas dos millas aproximadamente. Se dice que es una propiedad privada de un poderoso magnate de Hollywood...

—¡Todo son «poderosos magnates» en este país! —exclamé, cortándola de nuevo.

—... Un tipo del que se rumorea —siguió Lindsay, obviando mi

interrupción— tiene allí una serie de cottages donde se reúne con sus amigas y amigos. Plan orgía se supone. Pero no hay nada cierto sobre eso... Stack afirma que hay petróleo en la isla ya que se trata de los restos de un archipiélago. Suele ir para concretar, al parecer, ciertos negocios que tiene con el misterioso propietario del islote. Yo pienso que trata desesperadamente de comprar Isla de Fuego.

—¿Y si fuera el propio Roger Stack ese misterioso magnate, encubriéndose de esta manera para realizar actividades ilegales en esa isla?

—Eres casi más retorcido que él, ¿no te parece?

—Casi, sí. Pero no deja de ser una posibilidad, Lindsay. ¿O no lo crees tú así?

Se ladeó para besarme en la boca.

—Confieso haberlo pensado alguna vez. Pero no acabo de verle el sentido. Roger es amigo de las ostentaciones...

—Y un tipo muy inteligente. El está en el juego y jugando fuerte, pequeña. Pero no con las cartas escondidas.

—¿Por qué no olvidas lo de la película y le obligas a que te diga lo que sabe de tu hermana, de la mía y de las otras chicas que hayan podido desaparecer?

—Porque tengo miedo de romper la cuerda. De ahogar a mi gallina de los huevos de oro y quedarme como al principio. Por eso... Ganas no me faltan, desde luego. Y no sólo por esas muchachas. Hay dos asesinatos cuyas circunstancias se tienen que clarificar.

—¿Estás decidido entonces a rodar esa película?

—No tengo alternativa... —Y dije de repente—: Me gustaría dar un vistazo a esa Isla de Fuego, ¿sabes?

—¿Qué esperas encontrar allí, Derek?

—Ni idea. Se trata de una simple corazonada. Oye... mañana, cuando termine el ensayo, me pondré en contacto contigo. ¿Por qué no te acercas a la bahía de San Pedro y ves de gestionar el alquiler de una embarcación?

—Lo haré, Derek.

Volví a besarla apasionadamente.

CAPÍTULO X

Tal como le había dicho a McFarland fui puntual.

Jamás en mi vida había visitado unos estudios cinematográficos, aunque recordaba haber sido invitado en alguna ocasión.

Mercury Films...

Debo reconocer que me quedé un tanto asombrado al contemplar aquel febril complejo —casi fabril podía decirse— donde se fabricaban los trucos más inverosímiles.

Vi a la mayoría de artistas que me fueron presentados en la madrugada anterior en el jardín de la casa donde había encontrado, en principio, el cadáver ensangrentado de Jerry Carter.

Pronto tuve a mi lado a Darren McFarland, diciéndome:

—Acompáñeme al maquillador, Brown.

Le seguí.

No sé las cosas que llegaron a hacer en mi rostro con potingues y cremas. Pero al final, cuando me miré en el espejo esperando encontrarme distinto, me sorprendió comprobar que seguía siendo yo, el mismo Derek Brown de siempre, metido, eso sí, en el fondo del absurdo mayor que jamás hubiese imaginado.

Yo: actor.

Dispuesto a ensayar.

Yo: Oscar al peor actor.

¿De veras lo era? ¿De veras era el peor actor de todo aquel enigmático y monumental tinglado?

Víctima propiciatoria... ¿De qué? ¿De quién?

También me vistieron de acuerdo con las exigencias de la escena que se iba a rodar.

Luego, a instancias de mi director, le acompañé al plató en donde debía efectuarse aquel primer ensayo. Habían montado allí

un moderno dormitorio con los detalles y peculiaridades propias que exigía aquel tipo de dependencias.

Darren McFarland, en presencia de otros actores que deberían intervenir en el rodaje de otras secuencias pero no en aquélla y que por supuesto estaban todos pendientes de mí, empezó a darme instrucciones:

—Ya sabe de qué va la escena, Derek. Debe hablar y gesticular con toda naturalidad. Olvídense de que está fingiendo, porque si lo piensa, el más leve de sus movimientos se verá forzado, ficticio. Tampoco debe pensar que el hecho de interpretar a una persona que no es usted mismo le hace diferente. Al contrario, debe centrarse y concentrarse en la idea de que todo está sucediendo en la vida real y que sus reacciones...

Estuvo hablándome por espacio de varios minutos.

—¡Tranquilo, Derek, tranquilo! —exclamó al final—. Todo saldrá a pedir de boca, ¡seguro!

Iba a decir algo pero no lo hice porque en aquel instante hizo acto de presencia la maravillosa Pamela Sue Weston. Más maravillosa que nunca, mucho más que la noche antes todo y con estar entonces más desnuda que ahora. Ahora... Cubierta por una breve y transparente negligée de tonalidad cenicienta, bajo la cual no se distinguía el sombreado de ninguna otra prenda. Su ardiente y sensual cuerpo de hembra majestuosa se proyectó contra mis ojos haciéndome sentir la delirante sensación de que la sangre había salido de mis venas para resbalar por encima de la piel, cosquilleando, golpeando a la puerta del más incontenible de los deseos, despertando y haciendo rugir dentro de mi tórax el más ancestral de los instintos: el sexo.

Como mejor pude, hice un esfuerzo por dominarme.

Nos miramos.

Y creí ver en ella una mujer distinta a la que conociera pocas horas atrás. Quizá se me presentaba más superior todavía. Pero no... no era superioridad lo que a mis ojos la presentaba diferente. Había un algo inexplicable, incluso me hubiera atrevido a asegurar que un algo que la mostraba física y espiritualmente distinta. Hasta su rostro parecía exento del autoritario desenfado y su mirada algo más oscura, apagada.

¡Bah! En contra de lo que suponía había acabado por integrarme

e identificarme en aquel tinglado cinematográfico en que tan absurdamente estaba metido, y los nervios hacían mella en mi ánimo. Me estragaban.

Figuraciones mías, sin duda.

Pamela Sue Weston me miró con desinterés, con apatía casi, como si no me conociera. En plan de diva, por supuesto. Que era lo suyo, claro. Al menos, no supe leer en sus pupilas, ahora, la promesa firme e inequívoca que la madrugada anterior me había parecido captar en ellas.

Todo estaba dispuesto.

Sólo ella y yo debíamos intervenir en la escena. Me di perfecta cuenta, una vez más, de que todos tenían su interés centrado en mí, esperando la mayoría de ellos, sin duda, regocijarse con mi más absoluto y estrepitoso fracaso.

Darren McFarland dio las últimas instrucciones. Pamela Sue asintió con desdén, desentendiéndose del director y marido, como si nada de aquello fuese con ella. Yo asentí también, repetidas veces.

Aunque no se iba a rodar de momento, las cámaras estaban presentes para dar al ensayo una mayor verosimilitud, para hacerme adquirir a mí una mayor responsabilidad.

Se dieron una serie de órdenes en voz alta y finalmente los clásicos: «¡Silencio! ¡Cámara! ¡Acción!».

Y empezó todo. Empezó el colmo de lo irracional dentro de aquel enorme y absurdo interrogante en el que me hallaba sumido.

Por las miradas que iba captando de soslayo mientras discutía acaloradamente con mi esposa —mi «peliculera» esposa—, recriminándole con subidas expresiones el feo hecho de que estuviera haciendo de mí todo un cabrón, deduje que más de uno se estaba llevando una sorpresa mayúscula con respecto a mis dotes de actor.

Y hasta yo mismo, dicha sea la verdad, que olvidando la verdadera finalidad de mi presencia allí, zafándome al laberinto de maquiavelismos en el que me hallaba incurso, tomé a pecho lo de ser *starring* masculino en Oscar al peor actor.

«¿Y te atreves a decirme con esa desfachatez que soy yo, tu marido, y no él, quien estorba en tu vida?».

Y ella me contestaba:

«Nada de obligaciones entre tú y yo, querido. ¿Para qué

engañarnos? Hace ya mucho tiempo que dejé de quererte».

«¡Maldita ramera! ¡Maldita...!».

Era el momento, tras la vociferante exclamación del insulto, en que debía girar vertiginosamente, abrir el cajón de la mesita de noche, sacar la pistola y...

Disparé.

Disparé dos, tres, cuatro veces.

Entonces Pamela Sue de acuerdo con el guión, debía llevarse ambas manos al pecho —apretando los dedos para romper las bolsitas de tinta roja, preparada especialmente para aquellos casos, que llevaba adheridas a las yemas de aquéllos—, lanzar un gemido ahogado y caer sobre el lecho contorsionándose espasmódicamente hasta quedar, al fin, de bruces e inmóvil.

No.

No fue eso lo que hizo.

Separó las manos, alzándolas con desesperación como si tratase de coger algo que estaba muy lejos y que cada segundo se distanciaba más y más de ella, dando un traspie que la hizo balancearse grotescamente, con trágico patetismo, al tiempo que sus ojos se hacían enormes y amenazaban con saltar de las órbitas en pos de la vida que se salía presurosamente de su cuerpo.

Y sus labios, en desesperado *in crescendo*, ronca la expresión, estallaron en un sobrecogedor:

—¡Me... me muero!

Y se desplomó, ahora, ahora sí, con infinita lentitud, como resistiéndose, mostrando bajo sus libres y túrgidos senos unos enormes rosetones rojos que empapaban el translúcido negligée ceniciento.

¡Sin apretar las yemas de los dedos contra su torso para romper las bolsitas!

Atónito, estupefacto, contemplé la mano con que sostenía la pistola. Y entonces me di cuenta de que era el... mi reglamentario «38». Aquel que había perdido en la incursión subrepticia en casa de Fiorella Howard. La enigmática y desconcertante mujer de ojos verdes que me había dicho era la secretaria de Pamela Sue Weston.

Muerta.

Estaba muerta de verdad.

Una conmoción atronadora se registró a mi alrededor.

—¡Pamela Sue! ¡Pamela Sue!

—Pero... ¡si está muerta de veras!

—¡Un médico! ¡Pronto! ¡Un médico!

Yo, aborto, hierático, permanecí inmóvil a lo largo y ancho de muchos minutos, de interminables minutos, escuchando aquellas voces como si fueran de ultratumba, cual si llegasen de un lugar lejano, ignorado, totalmente desconocido.

Pamela Sue Weston, frente a mis estrábicos ojos que parecían de cristal, manchado el vaporoso tejido, inmóvil, ¡muerta!

Roger Stack no estaba allí, no. Y sin embargo le oí decir con claridad meridiana, extrañamente sonora, trágicamente audible.

«... *El argumento gira en torno de un tipo al que eligen como víctima propiciatoria de una trampa complicadísima*».

Era yo.

El tipo era yo.

La víctima propiciatoria, también.

Alguien dijo:

—Hay que avisar a la policía.

Sí, naturalmente. Había que avisarla.

Siempre que se cometía un crimen había que avisar a la policía.

CAPÍTULO XI

—Se ha metido usted en un buen lío, amigo.

Me lo decía a mí. Y siguió diciéndome, Arnold Mason, teniente del Escuadrón Metropolitano de Los Ángeles:

—Se supone que las balas debían ser de fogueo. Sin embargo, las balas del «38» eran reales, verdaderas y mortíferas. Y ese arma parece estar legalmente a su nombre cuando en realidad debía de haber en la mesita de noche del plato un Magnum y no un Colt. ¿Puede explicar el porqué de la sustitución?

Pensé que había sido un acierto dejar cuidadosamente oculta en mi habitación del Presidente la placa que me acreditaba como agente federal. Porque lo peor que me podía haber ocurrido en aquel momento era que hubiese salido a la palestra mi condición de G-men.

—No tengo ni puta idea, teniente.

—Parece «pasar» de todo esto, ¿no?

—No. No puedo «pasar» cuando he sido utilizado como víctima propiciatoria.

Me miró, escéptico.

—¿Víctima? ¿Por qué?

—Para que hiciera lo que he hecho, teniente: matar a Pamela Sue Weston. Y a usted, amigo, también lo están utilizando.

Abrió los ojos con asombro.

—¿A mí?

—¡Claro! Usted me ha detenido, ¿no? Es lo que pretendía que hiciera.

—Tómese el asunto en serio —me advirtió el teniente moviéndose por delante mío y agitando el índice de la diestra—. Su situación es más delicada de lo que parece. Si comparece ante un

jurado como presunto culpable de asesinato... del asesinato de una mujer famosa y fabulosa como Pamela Sue Weston, ha bebido usted aceite, Brown. Tendrá a juez y jurados en contra nada más asomar por la sala. ¡Y luego la grabación, por si fuera poco!

Pegué un respingo.

—¿La grabación? ¿De qué grabación habla, teniente?

—¡Ah, vamos, Brown! No se haga el loco...

—Es usted un perfecto idiota, teniente.

Se me vino de cara con intención de violentarme. Pero le advertí:

—Si se atreve a ponerme una mano encima le parto el alma —y añadí—: ¿De qué grabación habla?

El teniente puso en funcionamiento el magnetófono que había encima de su mesa. Al principio había música. Luego se oían voces... dos concretamente. Y una de esas voces... ¡era la mía!

Pamela Sue Weston y yo.

Me oí decir a mí mismo en un punto determinado del diálogo:

«Tienes que divorciarte de Darren, Pamela Sue. ¡No puedes vivir ni un minuto más con ese viejo repulsivo, con ese baboso degenerado! Quiero que nos casemos inmediatamente. Con sólo verte has inspirado en mí la pasión más grande de toda mi vida. Acabo de conocerte y ya no puedo vivir sin ti...».

Un silencio. Sólo el siseo de la cinta al pasar de un carrete a otro. Después, ella, respondía:

«No, vida, no. Podemos seguir queriéndonos... elevando ese amor espontáneo, inflamable, que acaba de nacer entre nosotros, a las cotas del éxtasis y la pasión. Puedo seguir siendo tuya cada día, cada instante, cada minuto, sin divorciarme de él. Me interesa, por el momento al menos, ser su esposa teóricamente».

Y yo, excitado, exclamaba:

«Estás muy equivocada, Pamela Sue. O te separas de ese hombre... ¡o te mataré!».

Juro que creí firmemente que me había vuelto loco. Porque era mi voz, sí. ¡Mi voz! Pero yo no había tenido semejante conversación con Pamela Sue. No... ¿Dónde? ¿Cuándo?

Súbitamente, sí.

Como suelen comprenderse las cosas más difíciles y complicadas. Súbitamente lo comprendí. Comprendí cuándo y

dónde había sido grabada aquella conversación. La oscura laguna que se abría en mi cerebro desde que encontrara el cadáver de Jerry Carter hasta que volviera a la realidad en el hueco de un árbol.

La oscura laguna se había iluminado.

Y entendía otras cosas. Entendía el por qué me habían elegido como víctima propiciatoria para eliminar a Pamela Sue Weston.

Yo, al fin y a la postre, era un federal.

Le dije al teniente que me miraba con atención y curiosidad:

—Esa cinta ha sido amañada.

Soltó una carcajada.

—¿De veras?

Señalé imperioso el magnetófono.

—¡Mírela bien, mírela!

Lo hizo. Inclinandose para levantar la tapa que por debajo sujetaba la cassette. Y entonces brinqué como una centella pegándole un puñetazo en la nuca que lo dejó, al punto, sin sentido.

Dejé mi chaqueta, velozmente, para ponerme la suya. Me calé el sombrero y salí cual una exhalación de su despacho, adonde me había llevado preventivamente, cruzando las mesas al tiempo que producía extraños gruñidos sin que nadie, afortunadamente, prestara excesiva atención a mis saludos y ademanes.

Pareciéndome imposible alcancé la calle.

—¡Derek! —gritó Lindsay, viniendo a mis brazos—. ¡Te han dejado libre! ¡Qué alegría! El teniente Mason no me ha permitido...

—Calla, por Dios, calla —y tiré de ella hacia abajo doblando por la primera esquina y deteniendo un taxi que providencialmente apareció frente a nosotros.

—Vaya dando vueltas en círculo, alejándose de aquí —le dije al chófer.

Los taxistas estaban acostumbrados a las excentricidades y no se sorprendió, limitándose a decir que sí con un cabezazo.

Abrazando a Lindsay, le expliqué cerca del oído lo sucedido en los estudios.

—Roger lo ha comentado. Y los periódicos ya han sacado ediciones especiales. Derek, yo...

—¿Encontraste la embarcación?

—Sí. Pero...

—Pero ¿qué?

—Roger Stack ha salido al mediodía hacia la Isla de Fuego. Algo pasa porque me ha parecido verle muy nervioso... Desde que tú llegaste, como te dije en el hotel, todo se ha precipitado y no sé el porqué.

—Creo saberlo. Y creo suponer que ellos saben que yo lograré zafarme de Mason y acudir a la Isla de Fuego. Necesitan matarme... Entonces todo habrá terminado.

—No lo entiendo, Derek.

—Soy un agente federal. Si me asesinan, no podré demostrar que lo de los estudios, el absurdo ensayo de una escena de Oscar al peor actor, era un diabólico montaje. Eso quieren precisamente. Que los periódicos aieren la noticia de que un agente federal, ocultando su identidad, accedió a debutar en una película para matar a Pamela Sue Weston. Necesitan por encima de todo que se sepa que Pamela Sue ha sido asesinada, que existe un culpable y que no se hagan más averiguaciones sobre el asunto.

—No me sorprende nada, aunque de veras, no entiendo nada —dijo Lindsay. Preguntando—: ¿Y ahora, federal?

—Vamos a Isla de Fuego, prenda. Voy... mejor dicho.

Minutos después le dije al chófer que nos llevase a la bahía de San Pedro. Luego, ya en el embarcadero, Lindsay llamó a un tipo bajito y moreno que se afanaba en la limpieza de la cubierta de su embarcación.

—Éste es José Pedrosa. Mexicano, pescador, y amigo de ganarse unos dólares.

—Hola, José —le dije.

—Hola, patrón.

—¿Estás dispuesto?

—¡Pues eso, patrón! La señorita ya me dijo lo que hay. Cuando quiera nos vamos.

—O. K. Tú me llevas hasta allí y luego regresas a puerto, ¿valen trescientos?

José me sonrió.

—Son buenos, patrón.

—¡Derek! —exclamó Lindsay—. ¿Es de verdad que no voy contigo?

—De verdad, preciosa. Sé buena chica y haz lo que yo te diga, ¿eh? Transcurrida media hora del momento en que José y yo

hayamos partido, te presentas en el lugar a cuya puerta me esperabas y le dices al teniente Arnold Mason lo que he hecho después de salir del cuartel general del Escuadrón Metropolitano y adónde acabo de dirigirme. ¿O. K.?

—No estoy muy convencida.

—Por favor...

Sus labios se pegaron a los míos.

—De acuerdo. Pero ten mucho cuidado, ¿eh?

—Lo tendré. ¡José! ¿Listo?

—Listo, patrón.

CAPÍTULO XII

Me quedé unos instantes observando la estela blanquecina que sobre las azuladas aguas iba dejando la embarcación de José al alejarse de bahía San Pedro.

A lo lejos y ya en el atardecer, tintineaban las luces multicolores de la bahía.

Pero a mí, me envolvía la más densa y tupida oscuridad.

No se apreciaba ni presumía rastro de vida humana por aquel entorno.

José... yo sabía lo que hacían y cómo se ganaban la vida los tipos como José, por otros quinientos, me había vendido un revólver, un enorme «45» a la usanza del viejo oeste, que llevaba metido entre cinto y pantalón oculto bajo la cazadora que le birlase al teniente.

La vegetación era escasa pero agreste.

¡Qué demonios esperaba encontrar allí!

El resto del rompecabezas. Lo que me faltaba por reconstruir. Una parte ya la tenía esbozada dentro de mi cerebro.

Eché adelante, tierra adentro, procurando asegurarme de dónde ponía los pies para no provocar excesivos ruidos que delatasen mi presencia. Presencia que a lo peor para mí, ya había sido sobradamente detectada.

Tras salvar un pequeño promontorio creí distinguir, como a unos trescientos metros, entre arbustos que crecían con fuerza lujuriosa, unas construcciones de ramajes, juncos y cañamos, que muy bien podían ser los cottages en donde el supuesto y misterioso propietario del islote, según dijera Lindsay, se corría las bacanales acompañado de amigos y amigas... sobre todo de amigas.

Pero mis pensamientos se difuminaron como por ensalmo

cuando mis ojos se tropezaron contra una cavidad de unos dos metros de alto, en forma de bóveda, que parecía ser la entrada a una gruta natural y que se abría a la izquierda de aquellas construcciones rudimentarias y por detrás de ellas.

Puse rumbo, sin dudarlo ni un instante, a la negra boca en forma de bóveda, extremando las precauciones. Al acercarme lo suficiente me di cuenta de que la gruta era mayor de lo que parecía desde lejos. A unos diez metros detrás de la natural entrada se iniciaba una rampa descendente, pavimentada... lo que era señal inequívoca de la mano del hombre y del tránsito habitual de sus pies por allí.

La arquitectura geológica dejaba paso, en aquel momento y punto, a las sofisticaciones del hombre.

Inicié el descenso hasta tropezarme con una puerta metálica. Traté de accionarla, descubriendo, no sin cierta sorpresa, con precaución a la vez, que no estaba cerrada con llave como era de suponer.

De precepto.

La empujé con lentitud exasperante que hizo erizar mis propios nervios y cabellos.

Y lo que hallé al otro lado pese a que me suponía dispuesto a lo más inverosímil, me dejó estupefacto.

Atónito.

Otra gruta o cueva —como un sótano de la que nos había servido de acceso—, de vastas proporciones, a la que le habían sido arrancadas, según evidencias, estalactitas y estalagmitas; ancha y extensa, interminable. Varios generadores trabajaban en distintos puntos produciendo energía eléctrica que recogían los correspondientes acumuladores si bien ahora, sólo permanecían encendidas las luces piloto o de emergencia. Por las paredes —de sobrepuesto laminado de acero— circulaban tubos y conducciones de distinto diámetro. El frontispicio estaba convertido en un cuadro de mandos sobre un metálico panel donde podía distinguirse un variado conjunto de ruedas, controles autónomos y a distancia, clavijas, conmutadores con sus luces de posición, pulsadores eléctricos y de aire comprimido, un proyector de extraña configuración cóncava y varias pantallas de TV de circuito exterior y cerrado.

Y a unos diez metros del cuadro de mandos, en dirección al

punto que me encontraba yo, llegué a contar unas veinte mesas al estilo de las de quirófano, repartidas equidistantemente, al lado de cada una de las cuales veíanse dos botellas sostenidas a la inversa por un pie metálico, conteniendo sangre la una y un líquido violáceo la otra; líquidos ambos que a través de unas sondas de plástico con sus correspondientes agujas hipodérmicas al otro extremo... se introducían en las venas del ser humano que descansaba, inmóvil, igual que muerto, encima de cada una de las mesas de quirófano.

Todos aquellos seres inermes... ¡eran mujeres!

Las chicas desaparecidas, claro.

¡De locura, palabra!

¿Hibernación? ¿Suspensión animada de la vida?

¡Diabólico!

Observé también las diademas... y digo diademas por llamarlas de algún modo, que ceñían la cabeza de aquellas criaturas inanimadas, compuestas por un aro metálico con muelles y electrodos adhesivos por sistema de ventosa, que estaban conectados al cuadro de mandos por medio de unas mangueras articuladas del tipo oruga.

Avancé, despacio, casi con reverencia, para ir contemplando uno a uno los rostros de aquellas pobres infelices, de aquellas criaturas desgraciadas víctimas de semejante monstruosidad.

Hasta que... hasta que me detuve frente a la camilla donde reposaba Nancy Brown.

Mi hermana. La persona por la que yo había acudido hasta allí. Por la que me había visto inmerso en aquel juego satánico de crueles escabrosidades y crímenes.

No me atreví, por medio a causarle daño, por tocar algún cable que pudiese hacer irreversible su situación, tan siquiera a acariciarla.

Como un autómatas, me alejé fuera de las camillas, hacia el pasillo, tropezando con algo.

Miré al suelo.

Sin sorprenderme.

Sin pestañear siquiera frente al hecho de que Roger Stack, el todopoderoso señor Stack, estuviese allí, muerto, con la cabeza separada del tronco y en medio de un viscoso estigio sanguinolento.

¿Iba a venir de un asesinato?

Y una mueca extraña, una sonrisa morbosa y tétrica podía decirse, apareció curvando mis labios. Al comprimirlos con amargura y tristeza. Al pensar, posiblemente, que el viejo buitre se había equivocado. No se trataba de contrabando de armas, no. Era algo más diabólico, inhumano y canallesco, aquello en lo que había participado Roger Stack y que al final le había costado la vida.

Y de súbito, acribillando mis oídos, un matiz pérfido, femenino, que me saludaba:

—Hola, federal. Volvemos a encontrarnos, ¿eh?

—*Hola... Fiorella Howard. ¿O debo llamarte Pamela Sue Weston?*

—Al final —la oí decir—, me has resultado más listo e intuitivo de lo que suponía. Pero te esperaba, Derek. Sabía que lograrías zafarte de la policía y llegar hasta aquí. Contaba con eso... Para matarte.

—Ya. Ya lo sé. Sólo te sirvo muerto, víbora. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Pasó a situarse frente a mí, dejando una distancia entre ambos que de sobras sabía que ni un artista circense hubiese podido salvar en el más perfecto de sus malabarismos, apuntándome con una sombría automática.

Y apareció, a su lado, de pronto... ¡Darren McFarland!

Que tras despojarse de la mascarilla de látex, las lentillas de contacto, los pequeños taquitos de caucho que llevaba dentro del puente nasal, las cejas postizas, la peluca... dejaba al descubierto el rostro de Jack Hudson.

¡El detective cuyos servicios había contratado en principio para averiguar el paradero de mi hermana Nancy!

Miré a la cruel hembra, diciendo:

—Así tú eres...

—La mujer que conociste como esposa del detective Hudson. Aunque en verdad, me llamo Larisa Markelovna. Y soy una estupenda actriz, una magistral intérprete del camuflaje. Habilidades indispensables hoy, federal, para moverse con garantías en el mundo del espionaje. Me has conocido en tres versiones físicas distintas sin llegar a identificarme. Como la esposa de Jack Hudson, como Fiorella Howard y por último en mi fabulosa interpretación de Pamela Sue Weston.

—¿Quién era la mujer que maté realmente? Una de esas pobres infelices, ¿no? Sometida a las habilidades de algún colaborador canallesco diplomado en cirugía estética, ¿verdad?

—Verdad. Aquí mi marido... el doctor Boris Kromalenko.

—La policía no tardará en llegar, Larisa —dije.

—¡Estúpido! —exclamó—. ¿Tan idiota me crees? Lindsay Martin está aquí. Arriba. Atada y amordazada.

Ahora sí que se me heló la sangre en las venas. Porque tuve que hacerme a la idea de que Isla de Fuego iba a ser mi sepultura. Y la de Lindsay. ¡En el supuesto de que a ella no decidiera emplearla en sus diabólicos experimentos!

—La muerte de un federal atrae la investigación de otros federales. Acabarás cayendo, Larisa. Tu proyecto está llegando al fin...

—¿Qué sabes tú de mi proyecto, Derek?

—Psicoanálisis e hipnosis junto a una temporal suspensión animada para convertir a esas muchachas en robots humanos. En cerebros vacíos dirigidos por el tuyo para concretar misiones de espionaje en su propio país de origen. Y sé que necesitabas desaparecer como Pamela Sue Weston, pero desaparecer legalmente. Mi venida a Los Ángeles para esclarecer el paradero de mi hermana te puso la solución en bandeja de plata. El FBI ya hace tiempo que andaba investigando las andanzas de Roger Stack y eso te preocupaba vivamente porque él estaba demasiado vinculado a ti. Warren Bogart era un peligro excesivamente cercano cuya presencia aquí casi al mismo tiempo que la mía, te brindó ideas y soluciones. Utilizaste a Jerry Carter que llevaba tiempo colaborando contigo a cambio de fuertes sumas de dinero para asesinar a Bogart y lo volviste a utilizar cuando yo acudí a él en busca de ayuda, con lo que ya contabais, porque la finalidad de dejar el cadáver de Bogart en mi habitación era precisamente para conectar con Jerry, para que descubriese su traición y llegara al Boulevard de Santa Mónica. De por medio el señuelo de Roger Stack convirtiéndome en actor a cambio de informarme sobre el paradero de mi hermana, me ataba de pies y manos y me convertía en algo más que una simple víctima propiciatoria: en la solución a todos tus problemas. Yo, el actor novel, el estúpido que a cambio de obtener pistas se metía de lleno en la trampa, te mataba a ti... mataba a la supuesta Pamela

Sue Weston y así Larisa Markelovna recobraba plena libertad de movimientos y otras posibles identidades. Luego, mi muerte, ponía punto y final al asunto. No interesaría demasiado al FBI airear mis andanzas en Los Ángeles, se enterrarían los motivos con mi cadáver y también se enterraría el cuerpo de la que pasaba por ser Pamela Sue Weston. Y asesinando a Roger Stack como lo has hecho, desaparecía la última conexión entre Pamela Sue Weston y Larisa Markelovna. Además, Roger ya había dejado de interesarte. No necesitabas ya más chicas con ambiciones de actrices y triunfos en Hollywood, para convertirlas en robots humanos. Son suficientes con las que hay aquí, ¿no?

—¿Qué esperas para matarlo, Larisa? —le oí preguntar al que había conocido como Darren McFarland y que era en realidad el doctor Boris Kromalenko.

—Sí... —susurró la pérfida hembra. Para exclamar, curvando el dedo en torno al gatillo—: ¡Adiós, federal! ¡Buen viaje al infierno!

Y entonces, cuando yo, Derek Brown, veía cercano mi fin dentro del laberinto alucinante que se cerrara a mi alrededor desde que pusiera los pies en Los Ángeles, cuando entendí que el desenlace absurdo y estúpido era inevitable, cuando acepté que mi suerte estaba echada y que Isla de Fuego, en efecto, iba a ser mi sepultura, tralló una voz enérgica, potente, retumbando su eco en el interior de la gruta:

—¡Suelte esa pistola!

Se ladeó ella como una tigresa, desencajadas las facciones, enloquecida.

No.

Mi mano bajó como una centella hasta la cintura para tirar de aquel enorme revólver que José me había facilitado por sólo quinientos pavos.

—¡Larisa! —bramé—. ¡Larisa Markelovna!

Desconcertada, se volvió de nuevo.

En fracciones de segundo.

—¡Maldito! —rugió, lo mismo que una posesa—. ¡Mil veces maldito!

Disparé.

Y seguí disparando hasta que el percutor golpeó en vacío.

Mis ojos se clavaron en su cuerpo igual que si me hubiese

hipnotizado de nuevo, contemplando sus contorsiones agónicas, sus gestos, sus espasmos, su rictus entre trágico y patético, sus viperinos estremecimientos, su sangre empapando el vestido...

Su muerte.

Hasta quedar inmóvil, boca arriba.

Muerta.

Tan muerta como en Oscar al peor actor.

Boris Kromalenko había levantado las manos de tal manera que daba la sensación de querer rozar el techo de la gruta.

—¡No disparen! ¡No disparen! ¡Me rindo...! ¡Me rindo!

Los hombres del Departamento Criminal del Escuadrón Metropolitano de Los Ángeles ya lo estaban esposando antes de que pudiera proferir nuevas exclamaciones.

Arnold Mason apoyó una mano sobre mi hombro derecho.

—Lamento haberlo utilizado —dijo. Añadiendo—: Espero que me perdone, Brown. Pero era necesario.

—No entiendo nada de lo que me dice, teniente.

—¿Tengo cara de idiota, Brown?

—Supongo que no.

—¿Supone entonces que me dejé golpear?

—Supongo que sí...

—Supone bien, federal.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Su inmediato superior en Nueva York, Stuart Olson, es amigo personal mío. Yo, Brown, procedo del FBI.

—Olson me avisó que usted venía y las razones de su viaje, por si en algún momento podía serle útil.

—Me ha sido usted muy útil —le miré, con ironía—. Si llega a retrasarse hubiera sido una víctima más de ese demonio femenino.

—Los hombres del Federal Bureau así como varios helicópteros ambulancia están en camino, Derek. ¿Por qué no se toma unas horas de descanso? Mañana volverá a ser un día muy agitado. Yo personalmente le tendré al tanto de la recuperación de su hermana Nancy.

En mi estado de ausencia, de abulia, pregunté:

—¿Se recuperará, teniente?

—Esperemos que sí.

—¿Y Lindsay?

—Estoy aquí...

Estaba a espaldas del teniente Arnold Mason.

—Hola, pequeña.

Me besó en la boca, con fuerza, sin rubor.

—Mi hermana también está aquí, entre esas pobres muchachas. Pero sanarán, Derek, sanarán. ¡Estoy segura!

—Sí... —La miré al fondo de los ojos. Dije en un extraño arrebató: Te quiero, Lindsay.

—Yo también, Derek. Y te daré todo mi amor. Todo. El necesario y más para que olvides todo esto.

La besé yo, ahora.

—Necesito olvidar, sí.

—Lléveselo a descansar, Lindsay —recomendó el teniente.

—¿Vamos, Derek?

Fui. Enlazándola por la cintura.

Sólo ella, desde luego. Sólo su amor. Sólo el brillo de sus ojos y la pasión de su cuerpo vital, deseable, podían llevarme a olvidar el amargo resabio que en mí había dejado todo aquel film de horrores.

Porque no me darían el Oscar. Ni tan siquiera me nominarían para él.

Pese a haber sido el peor actor.

—No te tortures. Derek. La has encontrado... Viniste a buscarla y has dado con ella.

—Sí, sí...

—Bésame, por favor.

Estábamos fuera de la gruta y anocheecía ya.

La besé.

Luego, me pidió algo más.

Era momento de iniciar el olvido.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.